

A romantic scene of a couple holding hands against a warm, golden sunset. The woman's hand, adorned with a ring, is on the left, and the man's hand, wearing a suit sleeve, is on the right. The background is a soft, hazy landscape with a forest of evergreen and deciduous trees in the foreground and middle ground, all bathed in the warm light of the setting sun.

Annabeth Berkley

EL TRIUNFO
del hogar

El triunfo del hogar

ANNABETH BERKLEY

© 2020 ANNABETH BERKLEY

ISBN:

Depósito legal:

Edición:

Correcciones: YOLANDA PALLÁS

Diseño de cubierta:ROMA GARCÍA

Diseño de tripa: MaquetaTuLibro.com

Maquetación: YOLANDA PALLÁS

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A aquellas mujeres que sueñan con crear un hogar
y no saben que ellas son los cimientos del mismo.*

« El hogar es un refugio contra todo tipo de tormentas ».

WILLIAM J. BENNET

—¿Estás completamente segura?

—Sí —asintió decidida la bonita pelirroja mirando a sus dos amigas que la miraban preocupadas.

La sonrisa que siguió a su afirmación les dejaba clara su determinación y firmeza. Llevaba mucho tiempo reflexionándolo, investigando, calculando las diferentes opciones, y por fin se había decidido.

—Escucha Megan —insistió la rubia de ojos claros mientras detenía su ritmo y recuperaba el aliento del footing que practicaban a diario—. Esto no es como cuando decidiste conocer hombres por internet. Estás hablando de tener hijos.

Laurel también había dejado de correr y la miraba preocupada mientras se retiraba el flequillo de la frente y sacudía sus bonitas piernas para relajarlas. El camino natural que bordeaba parte del lago Eden les servía de escenario para sus encuentros deportivos antes de que cada una empezara su jornada laboral.

—Quiero tener hijos —insistió Megan deteniéndose con los brazos en jarras—. Estoy decidida. —sus ojos castaños se iluminaban cada vez que lo pensaba—. No puedo pasarme la vida esperando a que llegue un hombre que no aparece o que ni siquiera existe. Esperar a que se enamore de mí y esperar a formar una familia.

—Por favor, Megan. Las cosas suelen funcionar así —insistió Jane empezando a caminar malhumorada—. Si ahora tienes un hijo todavía vas a dificultar más la posibilidad de encontrar un hombre —resopló consciente de que ella tenía la misma inquietud que su amiga.

—Creo que Jane tiene razón —dijo Laurel caminando a la par que ellas mientras se alejaban del lago.

—Para ti es fácil decirlo. Tienes a Nick —le contestó Megan—. No me malinterpretes. Nick es un sueño de hombre con el que formar una familia, pero es tuyo. El mío no aparece y me he cansado de esperarle. Tengo treinta y cinco años. Mi reloj biológico no puede esperar mucho más.

—Pues espero que el mío sí —suspiró Jane—. Vamos, Megan, una fecundación in vitro no es algo para tomárselo a broma.

—¿Quién se lo toma a broma?—refunfuñó molesta—. Esperaba que me apoyarais. Sabéis que lo llevo pensando bastante tiempo.

—Claro que te apoyamos —le aseguró Laurel—. Es solo que nos preocupas. Un bebé es algo muy serio. Va a cambiar totalmente tu vida.

—No tengo humor para un café —les dijo con el ceño fruncido al llegar a la bonita casa de Laurel donde siempre se tomaban el primer café de la mañana—. Hoy tengo que estar temprano en la oficina.

Las dos amigas la vieron alejarse hacia la calle principal y se miraron negando con la cabeza.

—¿Se habrá enfadado mucho? —preguntó Laurel preocupada.

—No —respondió Jane seria—. Es Megan. Se le pasará enseguida. Pero alguien tiene que hacerle ver todas las posibilidades, no solo las suyas.

Megan Saint James volvió a su casa pensativa. Estaba decidida. No podía esperar que el hombre de sus sueños apareciera montado en un caballo blanco y le regalara la familia que nunca había tenido. En primer lugar, porque cada vez estaba más convencida de que ese hombre no existía y en segundo lugar, porque no podía esperar que su vida girara en torno a él o a su búsqueda.

O tal vez si podía esperar... pero no quería hacerlo.

No le había quedado más remedio que ser independiente toda la vida y estaba visto que tenía

que seguir siéndolo. Nunca había conocido a su familia, y eso había alimentado su ilusión de formar una. Después de mucho buscar había encontrado el lugar donde establecerse, Edentown, un bonito pueblo a orillas de un precioso lago. Había conocido personas que le habían enseñado con su ejemplo lo que era la lealtad y el cariño, y sabía que podía apoyarse en ellas en caso de necesidad. Además, tenía un negocio propio que no le iba mal. Podía permitirse el lujo de tener un hijo sola y estaba decidida a ello. Siempre había soñado con una gran familia y ya era hora de que empezara a construirla. Con marido o sin él.

Después de ducharse, envuelta en el albornoz, desayunó de pie apoyada en la encimera de la cocina de su pequeño apartamento. Sus tres gatas, su única familia por el momento, la miraban esperando que compartiera algo de su bizcocho casero. Ella las miró sonriente. Las había sacado de la calle y les había dado el hogar, la estabilidad y el cobijo que ella nunca había tenido.

—Vosotras ya habéis desayunado —les explicó cariñosa— ¿Qué os parece si ampliamos la familia? Esta vez con un bebé... Es buena idea, ¿a que sí? Sí, yo también lo creo.

Sonriendo y llena de confianza, sintonizó una emisora de radio con música alegre, para recargarse con energía positiva. Quitó la humedad de su larga y rizada melena con el secador y se vistió con uno de sus cómodos y anchos vestidos, dispuesta a disfrutar de otro caluroso día del recién comenzado verano.

Bajó al piso inferior donde estaba la inmobiliaria de su propiedad. Era la única de Edentown y se encargaba de cuantos alquileres y compra-ventas surgieran en el bonito pueblo en el que llevaba afincada poco más de cinco años. Se sentía orgullosa de esa bonita oficina pintada de azul claro. Estaba en una de las calles principales del pueblo y nunca le faltaban clientes, curiosos o especuladores con los que trabajar.

Ella sola había conseguido todo lo que tenía y se sentía orgullosa por ello. Se había esforzado muchísimo y ahora que todo parecía que iba sobre ruedas, era el momento perfecto para tener un hijo. Estaba convencida.

Miró la hora en el reloj de pared. Era cerca del mediodía y la cita que tenía concertada se estaba retrasando. Se centró de nuevo en la pantalla del ordenador. Revisó su bandeja de correo. Llevaba una temporada tranquila, desde que se había dado de baja de las páginas de contactos a las que había recurrido en su afán de encontrar pareja. No había nada nuevo. Sonrió triste pensando en las veces que había pensado que la puerta de su negocio se abriría y el hombre de su vida entraría seguro de sí mismo diciendo...

—Creo que me está esperando.

Levantó la cabeza del ordenador sobresaltada sintiendo que el corazón iba a salirse del pecho. Dirigió su mirada a la puerta y miró al hombre que acababa de hablar y que ya se había acercado al mostrador. Era alto y corpulento. Tenía el cabello rubio, más largo de lo considerado como normal y una desarreglada barba. Su expresión no era precisamente amable. Rozaría la cuarentena, calculó mientras se acercaba a él. Llevaba una vieja mochila al hombro sobre una camiseta blanca de manga corta que le marcaba unos musculosos brazos y miraba distraído hacia uno de los grandes ventanales por los que entraba el sol.

—Creo que no —reconoció Megan mientras trataba de que su pulso recuperara el ritmo normal — ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre la miró para responderle y se encontró frente a la bonita pelirroja de ojos castaños. Frunció el ceño molesto. Era una tentación para la vista y él hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer... ni quería estarlo, se recordó.

Megan mantuvo la mirada de sus oscuros ojos y levantó las finas cejas como respuesta al ceño fruncido. La mirada de aquel hombre, bordeada de ligeras arrugas, le indicaba que no estaba

pasando por su mejor momento. Pero, vaya, su corazón estaba latiendo a un ritmo bastante acelerado y sentía un cosquilleo por la espalda que le llegaba hasta la nuca. Ese hombre, además de mal humor, irradiaba una fuerza masculina que la atraía sin poder evitarlo.

—Había quedado con la señorita Saint James... creo —buscó un trozo de papel en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

—Ah, pues soy yo —reconoció Megan confundida revisando la agenda que tenía sobre el mostrador— Perdone, pero no le esperaba —se sonrojó.

—Habíamos quedado a las once —insistió malhumorado—, pero el coche me dejó tirado en el camino.

Megan fingió una sonrisa que no sentía ante la incomodidad de la situación.

—Bueno, no hay problema... yo tenía apuntado a un sargento que se había jubilado del cuerpo de marines...

—¿Y yo que soy? —preguntó molesto e impaciente.

Megan lo miró boquiabierta ante el exabrupto y su propio error —¿Sargento Keith Logan? discúlpeme, no sé por qué creí que era mucho mayor...

—Yo tampoco sé porque creyó eso, pero no me importa —cortó huraño— ¿Tiene las llaves de mi piso?

—Sí, sí, claro —respondió Megan con su mejor sonrisa intentando suavizar la situación mientras cogía las llaves—. Si no ha solucionado la avería del coche, Dexter Campbell, en la gasolinera de las afueras, tiene servicio de grúa.

Trató de serenarse para no pensar en lo desagradable que le estaba resultando aquel hombre y lo estúpida que se estaba sintiendo ella.

Keith observó el nerviosismo de la joven pelirroja, pero no le importó. Estaba más que cansado. Solo quería llegar a su casa, tumbarse en una cama y a ser posible no despertar en una semana, cuando todo se hubiera arreglado... algo.

—Sígame, el jefe de su departamento me insistió en que quería para usted la mejor casa de la zona —cerró la puerta de la inmobiliaria con llave haciendo que la siguiera—. Como ha dicho que no tiene coche podemos ir andando. No está muy lejos. ¿Conoce Edentown?

Keith la seguía dos pasos por detrás. Se distrajo admirando lo que intuía que eran unas largas piernas bajo ese vestido de color claro. Volvió a recordarse que no quería saber nada de ninguna mujer, ya había tenido bastante con Bianca. Ella se giró esperando una respuesta, pero él no tenía ganas de hablar. Ese día, no.

—No he venido a hacer amigos, señorita Saint James —le respondió molesto. Además, no había oído lo que le había preguntado, y no se lo iba a confesar.

—Puede llamarme Megan —contestó ella notando como su turbación daba paso a un incipiente enfado—... ah, no, no puede llamarme porque no quiere hacer amigos —le dijo con una sonrisa nerviosa mientras sentía que le temblaban las rodillas por la tensión en el ambiente y por sus propios sentimientos encontrados.

Le tendió la llave y le señaló una calle —Siga por allí todo recto y gire al llegar a la biblioteca. Al final del camino, en el quinto desvío, tiene su casa. Pase por la oficina cuando le venga bien para firmar los últimos documentos. Bienvenido a Edentown, señor Logan.

Se dio media vuelta para volver a su oficina, tratando de parecer orgullosa, dejándolo ahí parado. No giró la cabeza ni una sola vez pese a que se vio tentada a hacerlo. No entendía por qué se había molestado tanto. No solía pasarle con frecuencia, pero el día no había empezado precisamente bien y ya estaba cansada de tener siempre buena cara y sonreír. Decidió que estaba enfadada y no le apetecía disimularlo.

Keith se encogió de hombros tras un primer momento de asombro ante la reacción desairada de la pelirroja. No tenía ganas de aguantar a nadie ni de hablar con nadie.

Siguió sus indicaciones y después de un rato andando, llegó frente a una casa de piedra de dos plantas con un amplio porche y un jardín que pedía a gritos que alguien lo cuidara. No era lo que esperaba. Abrió la puerta y el interior aun lo decepcionó más. Había muy pocos muebles y mucho espacio. Dejó su mochila en el suelo. Se pasó la mano por su descuidado cabello y salió de la casa dispuesto a volver a ver a la bonita pelirroja mientras sentía que la furia aumentaba. Solo quería una cama. ¿Tan difícil de conseguir era eso?

Megan lo vio entrar poco después y colgó el teléfono sin apenas despedirse de su interlocutor. Cogió aire, apeló a su calma, y se levantó como si nada hubiera pasado antes.

—¿Ocurre algo? —se le acercó cruzando los brazos bajo su pecho, sin poder evitar ponerse a la defensiva pese a que no quería hacerlo.

—No quiero esa casa.

Megan abrió la boca sorprendida y alarmada — ¿Cómo es posible? Es la casa más bonita de Edentown, está cerca del lago, y es amplia y preciosa...

—Preciosa eres tú, no una casa enorme y vacía de dos plantas —le contestó malhumorado haciéndola sonrojar—. No la quiero. No necesito tanto espacio...

—¿Como que no? —preguntó asombrada—. Es una casa familiar, los niños tendrán jardín para correr, incluso puede tener un par de perros.

Keith levantó una ceja extrañado y sintiendo una punzada de rabia anclada a sus dolorosos recuerdos —¿Quién ha hablado de familia, hijos o perros?

—Oh, bueno, pensé... era una opción... pero le garantizo que es la mejor casa de por aquí, además, ya está pagada —insistió desanimada.

—Si era la mejor, ¿por qué no te la quedaste tú?— respondió con un destello de furia en los ojos que Megan no pudo comprender.

—Es demasiado grande para mí sola —respondió sincera encogiéndose de hombros.

—¿Y la familia, los hijos y los perros?—respondió burlón sin saber el daño que le estaba haciendo con esa pregunta.

—No los tengo —murmuró con una punzada de dolor en todo su ser que le recordó lo que era incapaz de conseguir—. Si no quiere la casa la pondré en venta de nuevo. Dígame qué es lo que prefiere y cuando lo encuentre le avisaré —Bajó la vista para impedir que sus ojos se arrasaran de lágrimas, mientras buscaba un bolígrafo con el que escribir.

Keith percibió el cambio en su actitud y no se sintió especialmente orgulloso de ser el causante de ello. Se irguió y se dirigió a la puerta resoplando.

—Ya hablaremos —salió sin volver a mirarla.

Megan observó cómo la puerta se cerraba y resopló. Qué más quisiera ella que tener una familia para vivir en una casa. Precisamente en esa. Pero había recibido una muy buena oferta por su venta y como no parecía que llegara la hora de formar su propia familia se había rendido y la había vendido a lo que ella pensaba que era un héroe de guerra jubilado.

Bufando y con todas las emociones revueltas y a flor de piel, volvió a sentarse tras el ordenador deseando que el día acabara.



Keith se despertó a media mañana en una habitación semi vacía a la que no estaba acostumbrado. Vio sobre la mesita de noche el bote de las pastillas para dormir que le había

recetado el médico de la base. No sabía el día que era ni cuánto había dormido, pero no le importaba. Se levantó notando el malestar en su espalda y se dirigió a la ducha maldiciendo el dolor que sentía. Casi no se reconocía en el espejo. Necesitaba urgente un corte de pelo y un afeitado.



Megan despedía con una sonrisa a unos clientes en la puerta cuando vio caminar decidido hacia ella a un hombre muy atractivo. Lo admiró sin disimulo. Era lo bueno que traía el verano, turistas, pensó. Sus piernas largas enfundadas en unos desgastados vaqueros, su amplio torso, sus musculosos y bronceados brazos... además de atractivo era muy guapo... y estaba dirigiéndose hacia allí... así lo podría ver mejor. Se apoyó en la puerta para disfrutar de la vista con mayor comodidad.

—No esperaba esa sonrisa —le comentó directo el hombre deteniéndose frente a ella.

Megan levantó la mirada para apreciar su atractivo rostro detenidamente y reconoció sus oscuros ojos que le miraban burlones. Su corazón volvió a acelerarse y sintió el rubor tiñendo sus mejillas.

—No le reconocí señor Logan —le respondió fastidiada entrando en la agencia. Todo lo guapo y atractivo que le había parecido se había evaporado al recordar su endiablado carácter.

—Adivino por su expresión que me prefiere con barba —comentó con una media sonrisa, siguiéndola al interior.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó evitando su mirada o seguir cualquier conversación con él. Ese hombre la alteraba demasiado y no era algo que le gustaba sentir.

—A no ser que fuera una excusa para volver a verme, que lo dudo —respondió al ver que entrecerraba los ojos arisca—... creo que tenía que firmar algo.

—Sí —dijo escueta tendiéndole los documentos de propiedad de la casa—. Tiene que firmarlos por duplicado.

Keith los cogió y cogió también el bolígrafo que había junto a la agenda del mostrador. Empezó a hojearlos mientras Megan, tratando de disimular lo miraba de reojo. Recién afeitado, con el cabello más corto y con esa ropa informal le parecía realmente arrebatador. Además, la camiseta insinuaba un torso musculoso que se hacía evidente en los bíceps de sus brazos. Parecía aun así un poco desmejorado, quizá....

—¿Qué le hace pensar que no me doy cuenta de que me está mirando? —le preguntó él sin levantar la vista de los papeles.

Megan se sonrojó violentamente. Todo lo atractivo que le había empezado a parecer se fue abajo por su desagradable pregunta. Fingió, con lo que le quedaba de dignidad, que ordenaba su escritorio, pero no tenía ninguna respuesta que darle.

Keith terminó de firmar y dejó el bolígrafo donde lo había cogido.

—¿Algo más?

Megan cogió los papeles y los revisó uno a uno, muy consciente de que él la estaba mirando detenidamente.

Ahora era el turno de Keith. Se recreó en su bonito rostro salpicado por algunas pecas, su carnosa boca, la silueta que se intuía debajo de aquel vestido suelto, sus manos largas....

—No, ya está todo. En cuanto tenga la escritura original se la haré llegar —levantó la vista molesta ante su arrogante actitud hacia ella—. Que tenga un buen día.

Se sentía torpe y estúpida a su lado y eso era algo que no le gustaba. No recordaba a ningún

hombre que la hubiera hecho sentir así, y no estaba dispuesta a permitir que esa sensación se mantuviera.

Él le brindó una media sonrisa cínica antes de salir por la puerta. Megan resopló en cuanto salió, pero le seguía con la mirada reconociendo, sin agrado, lo bien que le sentaban los vaqueros desgastados que llevaba.



Una semana y media después colgó el teléfono, molesta. No podía evitar sentirse así cada vez que recordaba al nuevo propietario de su casa soñada. Con un poco de suerte él se quedaría viviendo allí hasta que ella pudiera comprarla con sus ahorros, según sus cálculos, en cinco años más o menos. Eso sí no se iba antes, porque aún no se había molestado en instalar un teléfono fijo y el móvil lo llevaba apagado desde que le había dado las llaves.

Tenía la escritura final de la casa y decidió llevársela después de cerrar la agencia. Recorrió el camino que tantas veces había soñado recorrer al salir del trabajo y que le llevaba hasta un destartado porche y un descuidado jardín. Miró a su alrededor con una mueca. ¿Cuándo pensaba empezar a cuidar el jardín? ¿En invierno? Vio aparcada una vieja camioneta azul en un lateral de la casa.

Llamó a la puerta impaciente mientras miraba distraída el espacioso porche. Tenía el espacio ideal para poner un columpio balancín en el que mecerse en brazos de su marido en las noches de luna llena. Volvió a levantar la mano para golpear la puerta cuando sintió que le sujetaban la muñeca. No había oído que abrieran.

Sobresaltada dio un paso atrás mientras Keith no la soltaba y miraba extrañado hacia el mismo rincón en el que ella había imaginado su romántico balancín.

—Yo... —intentó disculparse de no sabía qué, mientras intentaba recuperar su mano que parecía arder ante el contacto con aquel hombre.

Keith la miraba ceñudo —¿Qué quieres?

—¿Mi mano? —preguntó haciendo que él se la soltara sin dejar de mirarla.

Keith se apoyó atractivo en el marco de la puerta mientras cruzaba los brazos a la altura de su musculoso pecho sin camiseta. Levantó las cejas esperando una explicación.

—Le traj ... las escrituras —le comentó desviando la mirada hacia el suelo. Notaba la garganta seca. Había intuido un pecho musculoso pero lo que estaba viendo sobrepasaba su imaginación con creces. No era buena idea seguir mirando hacia abajo, pensó— Si hubiera tenido el teléfono activo —notó como su sangre empezaba a hervir—, le hubiera llamado antes de venir —le acusó mirándole a los ojos.

Él se encogió de hombros devolviéndole la mirada, burlón —Puedes venir cuando quieras, pelirroja.

A Megan le sorprendió el cambio de actitud.

—Humm, ten cuidado a quien le dices eso porque puede sonar a una invitación —le advirtió molesta por las enfrentadas emociones que le hacía sentir.

—¿Y qué si lo fuera? —preguntó retador.

Megan le empujó la documentación hacia los brazos cruzados. No iba a caer en la tentación, aunque no sabía muy bien por qué debía evitarla.

—Me voy... ya he visto que le arreglaron la furgoneta —señaló el viejo vehículo mientras bajaba las escaleras.

Keith observó divertido cómo fruncía el ceño y se alejaba a paso ligero por el camino de

piedra. Sintió una punzada en la entrepierna. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, recordó.

Dos mañanas después, Megan salía de la consulta médica de la ciudad con la sensación de un puñado de mariposas revoloteando en su estómago. Había ido en autobús, sola, para evitar los sermones bienintencionados de sus amigas.

Entendía y agradecía que se preocuparan por ella, algo a lo que le había costado acostumbrarse, pero esa decisión que había tomado era completamente personal.

Se sentía valiente, decidida, y realmente satisfecha. Se merecía un enorme zumo de frutas... de color naranja... con un gofre recién hecho... con sirope de chocolate por encima, pensó dispuesta a celebrar su decisión.

Giró la esquina con mucha energía y tropezó con lo que creía un enorme muro de piedra que, desde luego, no debía estar allí. Oyó un brusco gemido mientras los folletos que llevaba en la mano se caían y ella trastabillaba hacia atrás luchando por mantener el equilibrio.

—¿Es que no miras por dónde vas? —le preguntó Keith enojado mientras se llevaba una mano al golpeado pecho antes de reconocerla.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Megan sorprendida de verlo, agachándose rápida a recoger sus papeles— Deberías llevar un cartel de «Peligro. Muerde.»

Keith cogió un folleto de los del suelo para ayudarla y lo miró extrañado. Megan se lo arrancó de la mano con brusquedad. No le devolvió la mirada, sino que lo esquivó para seguir su camino hacia la cafetería.

Él siguió con la mirada a la bonita pelirroja. Se había hecho a la idea de que era soltera, no llevaba alianza en el dedo. No se le habría ocurrido nunca pensar que pudiera tener novio, pero cómo no tenerlo con esas interminables piernas, esa esbelta figura y ese fuego en la mirada que rivalizaba con el color de su alborotado cabello rizado. Su entrepierna volvió a recordarle el tiempo que llevaba sin una mujer.

Megan se detuvo molesta ante la puerta de la cafetería. Ya no le apetecía ni zumo, ni gofre, ni nada. No le había gustado la mirada de ese hombre al recoger su folleto. Parecía que la estuviera juzgando. Ese hombre que, por cierto, cada día le parecía más atractivo y más desagradable. ¿Y qué pasaba si ella no podía tener hijos de otra forma? Muy molesta, fue a la parada del autobús y se sentó a esperar.

Quince minutos después, una camioneta azul se paró frente a ella. Megan miró extrañada a Keith que le abría la puerta desde dentro para que subiera.

—Aún queda más de media hora para que pase el siguiente autobús —le dijo.

Megan se levantó insegura —Yo...

—No me gusta repetir las cosas, sube —le ordenó seco.

Megan accedió con rapidez, no sabía si por la orden dada o por la aburrida espera que llevaba...si por lo menos hubiera tenido una revista o un libro que leer.... Se ajustó el cinturón de seguridad mientras él arrancaba.

—¿Cómo es que tu marido no te acompañó?

Megan se encogió de hombros mientras se sonrojaba —Porque no tengo —buscó sin disimulo un caramelo en su enorme bolso, sin encontrarlo.

—Bueno, pues tu novio —insistió Keith.

Megan miró distraída por la ventana —Sí, esa hubiera sido también una buena idea —comentó mientras tamborileaba los dedos en el borde de la ventanilla.

—¿No me vas a contestar?

—No —reconoció Megan con una sonrisa fingida.

Keith sonrió ante su contestación. Quizá tampoco tuviera novio y eso le dejaba el camino libre en caso de que quisiera un revolcón con ella.

—¿Te has acostumbrado ya a la casa? —le preguntó Megan cambiando adrede de tema admirando lo atractivo que era cuando sonreía.

Keith se encogió de hombros.

—Solo necesitaba cuatro paredes y un techo, nada más.

—Pero tu casa es preciosa, ya verás cuando la amuebles, y arregles el jardín... que, por cierto, no sé a qué esperas.

—Nunca me había planteado tener un jardín —le explicó encogiéndose de hombros.

—¿Qué te habías planteado? —le preguntó curiosa, consciente de la intimidad de los dos en la furgoneta.

—Nada —reconoció él, tajante—. Nada de nada.

Le sonrió atractivo antes de volver a mirar hacia la carretera que se dirigía a Edentown.

El silencio se apoderó de ellos el resto del camino, así que para disimular la tensión, Keith encendió la radio para escuchar las canciones que sonaban en la emisora local.



Megan decidió que solo era un detalle por haberla acercado a su casa el día anterior. Sí, por una parte, esa casa le encantaba y cualquier excusa era buena para ir a verla, pero que ella se acercara el domingo por la mañana con unas cuantas macetas de margaritas para trasplantar en el jardín, era decididamente solo un detalle. ¿A quién no le gustaban las margaritas? ¿O los detalles? La floristería de Gwen siempre tenía lo que buscaba, sonrió.

Por otra parte, el propietario no estaba mal, aunque tenía un carácter horrible, pero eso era lo de menos. O no. Tenía que reconocer que le parecía atractivo... muy atractivo... demasiado... hasta que abría la boca. Bueno, pero *algo* con él, no entraba en sus planes. Ahora solo iba a plantar unas margaritas para devolverle el favor de evitarle el viaje de vuelta a Edentown en autobús.

Llegó hasta el jardín y no vio a Keith. Pensó que estaría durmiendo, así que decidió plantar las coloridas margaritas donde ella las hubiera plantado de haber sido su casa. Eligió el lugar junto a la escalera del porche. Se puso manos a la obra con la pequeña pala que había llevado y disfrutó enormemente de la armonía de colores. Satisfecha miró a su alrededor. Tenía que regar la tierra para asentarla. No encontró nada para ello. Subió las escaleras del porche y llamó tímidamente a la puerta. Al no obtener resultado alguno, intentó abrir consiguiéndolo sin problemas y entró sigilosa hasta la cocina. Total, solo sería un momento, pensó. Llenó una jarra de agua y salió para regarlas.



Keith se levantó más que molesto de la cama. Apenas había dormido esa noche. El dolor de la espalda lo estaba matando. Se le habían acabado los calmantes y no había ido a la farmacia a comprar más. Además, no sabía qué hacer con su vida. La Marina lo había sido todo para él. Ni su exmujer ni sus hijos, que ella se había llevado le habían llenado tanto. Ahora no tenía nada de nada. Una enorme casa y todo el tiempo del mundo, pero ¿para hacer qué?

Detestaba la vida que llevaba. No tenía motivo alguno para seguir. Ni el alcohol le hacía olvidar sus dolores ni pensar en estar con una mujer lo motivaba lo suficiente para salir de la cama a buscarla. Se puso los vaqueros. Se tomaría una taza de café... ¿y qué más? Se puso una mano por su despeinado cabello. Iría a una farmacia. Necesitaba calmantes y quizá algo para dormir...

Después de un segundo viaje, Megan ojeó el salón detenidamente. Estaba tan oscuro y vacío como antes de que Keith se mudara allí. Le parecía desolador. Dejó la jarra sobre la encimera.

—¿Qué demonios haces aquí? —bramó un vozarrón a sus espaldas.

Megan se asustó lanzando un respingo antes de girarse y encontrarse con el malhumorado y ceñudo propietario que la miraba acercándose a ella desde las escaleras que bajaban del piso de arriba.

—Yo..., solo... yo... —balbuceó ligeramente asustada mientras él se acercaba arrebatador con solo unos vaqueros desabrochados y el musculoso torso al descubierto—. Ya me iba —caminó rápida hacia la puerta sintiéndose acalorada.

Keith la alcanzó cerrándola a la vez que ella la abría.

—¿Dónde crees que vas? —le gruñó mientras sentía el aroma de su rizada melena bajo la barbilla.

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, mucho.

Megan no se giró. Lo sentía a su espalda apoyando las manos sobre la puerta impidiéndola salir. La excitación que sentía casi le impedía respirar.

—Yo... —se giró para enfrentarlo—. Venía a darte las gracias por traerme... —se fijó en el dolor reflejado en sus ojos— ¿Te encuentras bien?

—La próxima vez que te encuentre dentro de mi casa pensaré que vienes a probar mi cama —le amenazó sintiendo una presión muy molesta en la entrepierna además de las punzadas que sentía en su espalda.

Megan enarcó las cejas sorprendida mientras sentía como un escalofrío le recorría su espalda.

—¿Es una amenaza? —le preguntó siendo muy consciente de la masculinidad que emanaba de él, de sus músculos, de su aroma.

Se pasó la lengua por sus labios, inconsciente, mientras miraba los de él sin poder evitarlo. Sin querer evitarlo.

—No, es una garantía —se retiró de la puerta sin dejar de mirarla dando un paso hacia atrás.

Megan comprendió la oportunidad que le daba él de salir. Se giró y cogió el pomo de la puerta dándole la espalda.

Se detuvo antes de abrir. Abrió insegura. Temía darse la vuelta y mirarlo. Quizá si lo miraba no habría marcha atrás... Se mordió los labios indecisa. Cerró la puerta sin salir y se giró para mirarlo. Él la miraba con el ceño fruncido. La barba de dos días.

—Una garantía ¿de qué? —preguntó mientras sentía que sus rodillas se aflojaban y un sofocante calor le recorría el cuerpo.

Keith se le acercó arrogante, con una expresión de cinismo en el rostro. Le puso una mano en la cintura acercándose a ella. Megan levantó la mirada para fijarse en la suya. Él bajó los labios aprisionando los suyos mientras la apoyaba en la puerta. La lengua de Keith invadió su boca dejándola sin aliento. Megan sintió cómo le temblaban las rodillas, cómo le faltaba el aire. Le devolvió el beso con la misma intensidad y fiereza. Las manos de Keith empezaron a recorrerle el cuerpo mientras ella le rodeaba con los suyos el cuello. Quería más, quería sentir esa pasión dentro de ella.

Keith se separó de golpe. No esperaba tal excitación ni esa respuesta. La miró dándole una

última oportunidad para salir por la puerta. Megan lo miró confundida con los labios entreabiertos. No se movió. Quería más. Lo quería todo. Él volvió a besarla hambriento. Ella lo abrazó con fuerza mientras él la levantaba en brazos y la subía por las escaleras como si no pesara nada. No notaba su dolor de espalda. Solo notaba la presión en su entrepierna que por fin iba a satisfacerse después de tanto tiempo.

La llevó a su dormitorio en penumbra y la echó sobre la cama deshecha tumbándose sobre ella sin dejar de besarla. Megan le acarició la espalda mientras él buscaba sus pechos bajo su ligero vestido. Con rapidez le desabrochó los botones y sin dejar de besarla la puso sobre él para sacarle el vestido por la cabeza. Megan se sobresaltó por su destreza, por su hambre, por su pasión. En un momento él se deshizo de su sujetador y se sintió poderosa ante la exclamación de él al ver sus pechos. Volvió a estar bajo su cuerpo mientras la lengua de él continuaba aquel rito salvaje en su boca, y entonces comenzó a descender por su cuello. Megan no recordaba haber sentido antes nada igual. Su cuerpo se arqueaba buscando el de su compañero. Él le acarició los pechos antes de llevárselos a la boca. A Megan le costaba respirar, pero quería más, lo quería todo. Una de las manos de él recorrió su cuerpo buscando el centro de su feminidad. Megan sofocó una exclamación contra su cuello cuando lo sintió dentro. Echó la cabeza hacia atrás para entregarse aún más a él. Sintió algo fuerte, duro, caliente entre sus piernas. No podía pensar.

Él se detuvo por segundos y alargó uno de los brazos para buscar algo en su mesilla. Megan entreabrió los ojos agitada y confundida y le vio ponerse un preservativo. Se sonrojó por un instante. Ella no había pensado en ello, no había pensado en nada más que en sentir. Keith volvió a besarla con la misma pasión antes de penetrarla una y otra vez. Junto bailaron el mismo rito, al mismo ritmo, caliente, salvaje, erótico, sensual. Y juntos llegaron hasta el final.

Keith hundió la cabeza en su cuello. Intentaba regular su respiración mientras intuía que ella hacía lo mismo. No esperaba esa respuesta. No esperaba esa entrega. No esperaba esa pasión. No esperaba nada de lo que había encontrado.

Se echó a un lado de la cama y miró a la bonita pelirroja que lo miraba con ojos brillantes.

—¿Qué? —le preguntó con una mirada burlona.

—Nada —le respondió Megan dulce—. Siempre te despiertas así?

—Vuelve mañana y lo compruebas —le respondió satisfecho y saciado retándola.

—¿No me crees capaz de volver a por más? —le preguntó juguetona apoyando el codo sobre la cama.

—No te conozco apenas —le respondió Keith mirando al techo visiblemente satisfecho—, pero ya sabes dónde vivo.

Megan se incorporó molesta. El comentario le había sentado como un jarro de agua fría. Como si ella hubiera ido a buscarle expresamente para tener sexo con él, pero ¿qué esperaba? Era un hombre y ella se le había puesto en bandeja.

Keith observó el cambio en su rostro.

—¿Qué te ocurre? —se incorporó mientras la veía vestirse con rapidez.

—Nada —le contestó ella herida en su orgullo cogiendo las sandalias en una mano.

—Pues no lo parece —insistió buscando sus vaqueros con la mirada para ponérselos.

Megan no lo esperó y salió de la habitación sin volver la vista atrás.

Keith se puso los vaqueros y para cuando salió del dormitorio escuchó la puerta de la entrada cerrarse. Se encogió de hombros sin entender la reacción, pero bueno, nunca había entendido a las mujeres. Se dirigió a la ducha. No se explicaba cómo un rato de sexo le podía haber calmado tanto el dolor de la espalda. Se sentía bien. Muy bien. Quizá necesitaba plantearse lo mismo con más frecuencia.

Megan caminó hacia su piso a paso más que ligero. Estaba muy molesta con ella misma. ¿Por qué le había molestado tanto su comentario? ¿Qué quería? ¿Qué él le prometiera amor eterno? Realmente no se conocían y ella había ido a su casa. No buscando sexo, por supuesto, no se lo había planteado siquiera... bueno, a veces lo había pensado, pero no en ir a buscarlo de propio... La verdad es que los dos habían disfrutado. Mucho.

Se detuvo al llegar al inicio de su calle. ¿Por qué se había ido tan rápida? Además, no tenía a nadie esperándola en casa. Sus gatas, que seguro que estaban durmiendo. Se había comportado como una niña caprichosa. ¿Qué había tenido de malo el sexo que habían compartido? ¿Quién iba a recriminarla por eso? Eran adultos... Resopló, y retrocedió sobre sus pasos, ligera y avergonzada con su rabieta. Subió las escaleras del porche y entró sin llamar.

Keith bajaba las escaleras con los mismos vaqueros y el cabello húmedo. Se sorprendió al verla.

—No sé por qué me he ido así —se excusó insegura.

—¿Quieres un café? —le preguntó Keith pasando junto a ella como si nada hubiera pasado.

—Bueno —le siguió a la desangelada cocina.

Keith miró a su alrededor y abrió un par de armarios—No tengo café ¿Nos lo tomamos en algún sitio?

Megan se encogió de hombros —Oh, bien... voy a casa a ducharme y...

Keith se le acercó con una sonrisa, atractivo, muy atractivo, y la besó en la boca mientras la sentaba sobre la encimera. Sus lenguas volvieron a bailar juntas, hambrientas...

—Dúchate aquí —la siguió besando mientras le levantaba el vestido con las manos y se situaba entre sus piernas.

Megan le abrazó la espalda devolviéndole el beso con ansia. Sus manos le quemaban allá donde la tocaba. En un momento estaba preparada para él. Nada se interpuso entre ellos. Ninguno pensaba con la cabeza. En un momento la penetró con fuerza. Megan abrazó sus caderas con las piernas mientras sus lenguas jugaban al mismo juego. Él volvió a hacerla suya, sus cuerpos se movieron a la vez, desenfrenados, apasionados, salvajes. Y volvieron a llegar juntos a un estado de satisfacción plena, el pecho agitado, con la respiración entrecortada ...

Megan intentó carraspear, recuperando el aire. Keith le sonreía divertido.

—Vamos a la ducha —le susurró en el oído.

Megan asintió mordidiéndose los labios. Vaya, parecía que quería recuperar el tiempo perdido. No iba a ser ella quien se lo negara. Lo siguió de su mano hasta el piso de arriba.



—Pelirroja, creo que deberíamos comer algo —le comentó rato después mientras se levantaba de la cama.

Megan lo siguió con la mirada. Tenía más de una cicatriz en su musculosa espalda, y alguna, por el color, parecía muy reciente. Se incorporó mientras su cascada de rizos le cubría el pecho.

—¿Qué te pasó en la espalda? —le preguntó mientras él le acercaba su ropa que había quedado a los pies de la cama.

—Un accidente —le explicó tenso sin querer entrar en detalles—. Hay una pizzería cerca del lago, ¿no?

—Sí —le respondió Megan empezando a vestirse—La de Peter.

—¿Peter? ¿Tu novio? —le preguntó extrañado.

—Claro que no —respondió frunciendo el ceño—. Si tuviera novio no hubiera estado contigo.

Keith se encogió de hombros —Bueno, bueno, no era yo el que estaba en una clínica de inseminación artificial la semana pasada.

Megan se sonrojó mientras terminaba de ponerse las sandalias —Humm... eso es una larga historia — que no quería plantearse en ese momento.

—Que no me vas a contar —intuyó él en voz alta.

—No hasta que no me cuentes lo que te ha pasado en la espalda.

—Trato hecho —aceptó Keith saliendo tras ella del dormitorio.



A Keith le gustó la pizzería. Parecía que estuvieran en un auténtico, rústico y acogedor restaurante italiano. Se sentía cómodo por primera vez en mucho tiempo. No recordaba la última vez que había salido a comer fuera y mucho menos acompañado de una mujer. Megan resultó ser una compañía muy agradable. Hablaba risueña y divertida de cualquier tema que se le ocurriera. Su amigo Peter les había dejado intimidado, aunque sabía que les observaba en la distancia y eso no le hacía sentir muy cómodo. De cualquier manera, disfrutó de la comida y apenas recordó el dolor de espalda con el que se había levantado por la mañana.

—¿Tienes algún plan para esta tarde? —le preguntó Megan al salir a la calle.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¿A estas alturas? —sonrió Megan—. No, estaba pensando en cómo seducirte y hacer que me llevaras de nuevo a tu cama

—Vaya, parece que te ha gustado lo de esta mañana —sonrió arrogante caminando hacia su casa.

Megan se encogió de hombros.

—¿Para qué negarlo?

—No me vas a dar tregua —le susurró al oído pasándole un brazo por encima de los hombros.

—No parece que la necesites —le respondió Megan excitada.

—Tienes razón —le sonrió Keith acelerando el paso para llegar a su casa.



—¿Cuándo vas a contarnos lo del desconocido con el que fuiste a comer a la pizzería? —le preguntó Laurel a la mañana siguiente después de un rato haciendo footing sin que una somnolienta Megan abriera la boca para otra cosa que no fuera bostezar.

—¿Y a quién le importa qué hacía en la pizzería? — preguntó Jane—. Quiero saber por qué tienes tanto sueño y esa sonrisa tonta en la cara.

Megan les sonrió divertida —Chicas, ha sido increíble. No voy a entrar en detalles...pero podría acostumbrarme...

—¿Con quién? ¿Hay alguien nuevo por aquí? —preguntó Jane divertida— ¿Por qué tú has conocido a alguien interesante y yo no?

—¿Es interesante? —le preguntó Laurel contenta por su amiga.

—Bueno...no me puedo quejar, aunque tengo que reconocer que no hemos conversado mucho —reconoció pensativa disminuyendo el ritmo de la carrera—. La verdad es que quitando el rato de la comida apenas hemos hablado.

Las dos amigas la miraron sonriendo divertidas.

Jane le dio un cariñoso empujón —No me des más envidia. Además, en cuanto le digas que quieres ser madre saldrá huyendo así que mejor que no habléis.

—Bueno, ahí puede que tengas razón—reconoció Megan siguiendo a Laurel hasta su casa para tomar el primer café de la mañana.

Al finalizar su jornada laboral, Megan decidió salir a pasear por el lago. Era un lugar que le relajaba, le transmitía calma y equilibrio. Le gustaba imaginarse paseando por allí de la mano de su marido mientras su hijo correteaba cerca. Suspiró soñadora.

Keith la había reconocido a lo lejos nada más verla. Llevaba un rato sentado bajo un árbol, apoyado en el tronco para dejarse contagiar de la belleza y la paz que reinaba en ese entorno.

Megan había empezado a andar hacia el lugar donde estaba él, distraída, mirando al claro lago, a los niños que corrían, a las parejas que paseaban... Le parecía una mujer preciosa, tierna, dulce, apasionada, divertida... se sentía afortunado de habérsela encontrado. Parecía un regalo que le hubiera hecho la vida.

Estaba sonriendo cuando ella lo reconoció.

—No te había visto —se le acercó.

—Yo a ti sí —le sonrió haciéndole una señal para que se sentara entre sus piernas y se apoyara en su pecho.

Ella no lo dudó y ocupó su espacio.

—Esto es bonito —le sonrió Megan acomodándose entre sus brazos.

—Sí —reconoció Keith besándole la coronilla.

Megan se sintió reconfortada —Vine aquí hace poco más de cinco años, y esta vista me encantó —le confesó Megan.

—¿De dónde venías?

—Estaba dando tumbos —le explicó—. Buscaba mi sitio, y supongo que aquí lo encontré. Cuando estaba planteando quedarme conocí a Jane y a Laurel, y decidí que este era un buen sitio para echar raíces.

Keith asintió dejando que su mirada y sus pensamientos se perdieran en el horizonte mientras respiraba su aroma.



—Será mejor que me vaya a casa —le sonrió Megan levantándose cuando el sol empezó a ponerse.

—Te acompaño —se ofreció Keith levantándose con una mueca por el pinchazo de dolor que recibió en su espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó Megan preocupada.

Keith asintió —Todo bien, pelirroja —la cogió de la mano evitando pensar en el dolor que sentía en su espalda, mientras comenzaban a caminar hacia la calle principal.

—¿Quieres subir? —le invitó ella cuando llegaron frente a la puerta de su apartamento, muy consciente de lo que podía pasar si accedía a la invitación.

Keith la besó con suavidad en la boca a modo de respuesta. Subieron risueños, pausados, con calma, compartiendo besos en cada escalón.

Las gatas que esperaban a Megan sola, estaban sentadas en el pasillo, en fila viéndoles entrar entre besos y caricias. Keith las miró de reojo y no les dio mayor importancia, decidido a perderse entre las sábanas de Megan.

Era casi medianoche cuando se levantaron a cenar entre sonrisas. Megan preparó con rapidez y destreza unos sándwiches vegetales y poco después Keith volvió a su casa dejándola nuevamente satisfecha.



El jueves por la mañana Megan estaba de un humor de perros. No había vuelto a coincidir con Keith desde el lunes por la noche y eso no le había gustado. No habían hablado de nada serio, pero ella no se acostaba con el primero que le parecía atractivo para después no verlo más. Estaba esperando a que fuera él el que se acercara a buscarla, el que la llamara o pasara a verla. No había sido así y eso le había molestado muchísimo. Y no era algo que esperaba sentir y mucho menos algo que le gustara experimentar.

Decidió cerrar pronto la inmobiliaria y pasar por el hotel donde trabajaba Laurel. Sabía que habían agrandado las cuadras y los caballos que esperaban era probable que ya hubieran llegado. No le apetecía llegar inmediatamente a su piso y la tentación de volver a casa de Keith con cualquier excusa la había desterrado de su mente media docena de veces en lo que llevaba de día.



—¡Qué bonito! —exclamó Megan acariciando el hocico de un enorme caballo de color avellana— Paseos con caballo al atardecer por el bosque... —suspiró soñadora.

Laurel le sonrió compartiendo su sentimiento. Observaban juntas a uno de los hermosos ejemplares que habían comprado para incluir los paseos a caballo como una actividad más en el hotel.

—Enseguida empezaremos a promocionarlo. Tenemos seis caballos. Hemos contratado a alguien para que se encargue de cuidarlos. Acaba de recuperarse de una baja laboral, casi lo matan en acto de servicio, ¿Te imaginas? —no quiso entrar en detalles, aunque tampoco sabía mucho más—. Y hemos conocido también al nuevo veterinario, es muy guapo, ¿lo conoces?

—No —negó Megan sonriente—, pero me acercaré a su consulta cuando me quede sin malta para mis gatas...

—¿Quieres subirte a uno? —le invitó Laurel.

Megan sonrió —Bah, no sé montar... siempre he soñado que el hombre de mi vida vendría sobre un caballo blanco y...—se detuvo al ver los dos jinetes que entraban en las limpias cuadras acercándose a ellas.

—El hombre de mi vida—sonrió Laurel mirando a Nick que se bajaba del caballo negro en el que iba montado y se le acercaba para besarla en los labios.

Laurel observó a su amiga con sorpresa. Miraba ensimismada al jinete que iba sobre el caballo blanco.

Megan estaba conteniendo la respiración. Había imaginado esa escena cientos de veces. Cientos de veces que no era capaz de poner rostro al hombre que cabalgaba el caballo blanco. Y ahora lo estaba viendo allí. Su destino. Para ella. Sintió que el tiempo se paraba, que se le secaba la boca, que no podía respirar.

—Keith, ésta es... —comenzó a presentar Laurel.

—¿Subes pelirroja? —le tendió la mano con una sonrisa atractiva.

—Yo... —Megan balbuceó incómoda ante la mirada divertida de Laurel y Nick.

—Sabes que no me gusta repetir las cosas.

Megan levantó las cejas alarmada —A mí también hay muchas cosas que no me gustan —se sentía muy vulnerable en ese momento y eso no le gustaba.

Keith se rindió bajando del caballo sonriendo — Como ¿por ejemplo?

—Como por ejemplo...—miró a Laurel pidiéndole ayuda con la mirada.

—¿No tener planes para esta noche? —sugirió Laurel extrañada pero divertida.

—Eso, como no tener planes para esta...—miró a Laurel con los ojos entrecerrados, escondiendo un ligero atisbo de rabia por la encerrona de su amiga.

Keith la escuchaba con una media sonrisa —¿Me estás pidiendo una cita?

Nick carraspeó divertido —Nosotros vamos a tomar una pizza ¿queréis venir?

—¿Queremos ir? —le preguntó Keith a Megan que se había sonrojado haciéndole una mueca a Laurel.

—Bueno, está bien —aceptó Megan mirando a Keith—. Pasaré a buscarte a las siete. Sé dónde vives.

—Pues ven media hora antes —le sugirió Keith guiñándole un ojo burlón haciéndola sonrojar por la sugerencia de lo que podría pasar durante esa media hora.

Megan le miró entrecerrando los ojos antes de girarse con la cabeza alta. Keith la miró alejarse con una sonrisa. Estaba empezando a gustarle coincidir con la pelirroja.



Cuando Megan apareció por el camino de piedras con un vaporoso y largo vestido azul, Keith la llevaba un rato esperando sentado en los escalones del porche. Cada vez que miraba las margaritas, recordaba su primer encuentro en casa.

—Vaya, ¿no tenías nada que hacer? —miró con admiración lo guapo que se veía con una camisa oscura y unos vaqueros del mismo color.

—¿Mejor que esperarte? No —le comentó metiéndose las manos en los bolsillos llegando hasta ella— ¿Vamos en la furgoneta? Te esperaba media hora antes.

Megan se encogió de hombros dejando que decidiera él cómo llegar a la pizzería. Claro que se había visto a tentada a aparecer media hora antes, pero tenía la sensación de que era ella la que siempre lo buscaba, y esa falta de interés o reciprocidad por su parte no le hacía sentir muy cómoda.

—Bueno, no sentí la necesidad.

Keith le cogió con suavidad la cara entre sus manos y la besó en los labios, posesivo.

—¿Quieres que te haga sentirla? —le susurró.

—Yo...no creo que ahora ...sea el mejor momento.

—Bueno...—decidió Keith cogiéndola de la mano y tirando de ella para empezar a andar— tendré que esperar a después de la cena.

Cuando llegaron, Nick y Laurel ya estaban sentados en la mesa. Keith disfrutó sorprendido de la cena. Hablaron de diferentes temas, pero ninguno personal. Él contó alguna anécdota de la marina sorprendiéndose a sí mismo. Parecía que estaba aceptando el hecho de que esa vida perteneciera al pasado. La cena transcurrió amena, entretenida, interesante.

Volvieron paseando ya entrada la noche.

—No sabía que te gustaran los caballos —le comentó Megan mientras él la tomaba de la mano a la vez que caminaban.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —le respondió sombrío, consciente de todo lo que no

le contaba ni quería hacerlo por no revivir viejos y dolorosos recuerdos.

—¿Y debería saberlas? —preguntó confusa por el rumbo y el tono de la conversación.

Keith se encogió de hombros —Supongo que no es necesario.

Megan asintió pensativa.

—Necesario, ¿para qué?

Lo miró de reojo. Le parecía el hombre más atractivo e irresistible que había conocido nunca. ¿Qué podía hacer ella? ¿Esperar a ver por dónde discurría esa relación? ¿y mientras?... ¿Eso era una relación? Ayyy, empezaba a sentir que no podía controlar nada...



A mitad de noche Megan se dio media vuelta buscando el calor del cuerpo de Keith pero no lo encontró a su lado. Extrañada, se levantó poniéndose la camisa que él se había quitado antes de llevarla a la cama y lo encontró en la cocina tomando unas pastillas con el ceño fruncido y vestido solo con unos boxers negros. Tenía la mirada cargada de tensión. Megan fue hacia él mirando de reojo el bote de las pastillas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—Vuelve a la cama —le indicó molesto dándole la espalda.

Megan no se movió —¿Qué te duele? —le miró las cicatrices en la espalda— ¿Es por lo que te jubilaron? ¿Por las heridas de la espalda? ¿Por los dolores?

—Déjame en paz —le pidió dejándola sola en la cocina. Volvió al dormitorio para vestirse y salir de la casa a darse una vuelta. La espalda le dolía demasiado y tener una mujer en la cama le recordaba demasiado lo que una relación podía hacerle.

Llevaba un par de días sin tomarse las pastillas para el dolor porque creía que ya no las necesitaba y ahí estaba otra vez. Había considerado el trabajar con los caballos en el hotel como una buena opción para hacer algo con tanto tiempo libre como tenía. Y estaba satisfecho. Realmente, se sentía satisfecho, sorprendido y agradecido, todo a la vez, por el giro que había dado su vida.

Pero a la vez había recordado su anterior experiencia familiar y el dolor de espalda había vuelto con más fuerza. Después de caminar durante una larga hora volvió a su casa para encontrársela vacía. Se desnudó, se tumbó en la cama y reconoció que le debía una disculpa a Megan. Ella no había hecho nada más que entregarse a él sin reservas y sin condiciones, y ahí estaba él, amargado, enfadado, y solo. No era justo para ella. Tampoco buscaba ni quería nada serio ni estable, pero reconocía que su comportamiento no había sido el adecuado.



Megan estaba distraída mirando la pantalla de su ordenador pensando en Keith. No le había gustado su reacción la noche anterior pero tampoco le sorprendía. Siempre había sido hosco y gruñón, o casi siempre. Lo primero que había pensado de él era que era antipático y desagradable, y lo había confirmado más de una vez, pero aceptaba que se sentía atraída por él, por su cuerpo, por lo que sentía cuando estaban juntos. Suspiró.

Jane entró risueña, vestida con ropa informal y su cabello rubio suelto.

—Cuéntame los detalles —le dijo sentándose a horcajadas sobre la silla que había frente a ella.

Megan hizo una mueca —Creía que vendrías anoche a cenar.

—Bah, no pude, además que iba a hacer yo con dos parejas. ¿Morirme de envidia? —le sonrió haciendo un globito con el chicle rosa que mascaba— ¿Quién es él? Esto ya es más serio que el polvo de una noche.

La puerta se abrió haciendo que las dos amigas se giraran para ver a Keith cargando una caja de cartón llena de diferentes macetas y dejándola sobre el mostrador.

Megan se levantó confundida y se le acercó.

—Bueno, quizá debería haberte traído un ramo de flores, pero como siempre te quejas de cómo tengo el jardín, pensé que esto te gustaría más.

Megan enarcó las cejas sorprendida —Creía que eran para mí y resulta que, ¿son para que yo las plante en tu jardín? —preguntó burlona sintiendo en su interior a las mariposas dando saltos de alegría.

Keith sonrió pasándose una mano por su despeinado cabello —Sonaba mejor cuando lo pensaba yo en mi cabeza —ligeramente decepcionado consigo mismo, volvió a coger la caja de cartón para llevárselas, pero Megan se le acercó para ojearlas.

—Hummm... bueno, está bien —aceptó haciéndole sonreír aliviado—. Me pasaré por tu casa...

—¿Esta noche? —preguntó Keith disfrutando del roce de la bonita melena pelirroja en su brazo.

—¡Ehhh! un poco de compasión —exclamó Jane levantándose de la silla y acercándose a la pareja— Soy Jane —le informó a Keith sonriendo—, la amiga solterona de Megan.

Megan miró a Keith sintiendo una pequeña punzada de celos cuando él miró a su bonita amiga.

Keith le devolvió la sonrisa a modo de saludo y volvió su mirada a Megan —Te veo esta noche —Cogió la caja de las macetas—. Adiós, Jane.

—Pero por la noche no son horas de plantar macetas —le comentó Megan siguiéndolo hasta la puerta para abrirla.

—Mejor —le susurró él antes de darle un suave beso en los labios y salir seguro de sí mismo.

Megan lo vio alejarse y miró Jane que le sonreía divertida —¡Megan! ¿Te has visto la cara? ¡Estás enamorada!

—No —negó Megan seria—. No, es solo...

—¿Sexo? y un cuerno —volvió a sentarse en la silla en la que estaba—. Quizá ahora no tengas que plantearte una inseminación artificial.

—No digas tonterías —le respondió Megan volviendo a su silla—. No tiene nada que ver.

—No, ¡qué va!. Pues a mí no me importaría que éste me hiciera un hijo.

Megan le hizo una mueca —Solo es algo pasajero.

—Ah, ¿Sí? ¿Para quién? ¿Lo habéis hablado?

—No, claro que no, nos hemos acostado juntos un par de días, nada más... —sonrió recordando algunos de esos momentos y reconociendo que no le importaría nada que las cosas se hicieran más serias y estables.

—Pues los ojos te brillan como nunca antes —reiteró Jane encantadísima de que su amiga estuviera enamorada.

—Exageras —le respondió Megan recostándose en la silla.

Jane asintió burlona pero satisfecha con la felicidad que irradiaba su amiga. Megan, con la sonrisa en los labios, cogió el teléfono que sonaba y su expresión se paralizó. Se limitó a asentir en silencio y a responder con monosílabos.

Jane se había incorporado hacia ella preocupada.

—Me han llamado de la clínica. El sábado por la mañana hay un hueco para que me puedan inseminar —le contó a Jane nada más colgar mientras sentía que las rodillas le temblaban. Se sentía bastante confundida.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Jane— ¿No puedes esperar?

—No ... no sé... ¿Para qué? —Sentía ganas de vomitar y un sudor frío la envolvió.

Jane miró el reloj —Vámonos.

—¿A dónde? —le preguntó Megan dejándose llevar.

—A por un trozo de tarta de chocolate.

—¿A estas horas?

—¿Qué más da? Además, tienes que cerrar para comer. Voy a llamar a Laurel. Seguro que ella tiene tarta. Y si no quieres no hablamos de nada, pero no tienes por qué pasar por esto tú sola.

Megan agradeció el gesto. Si algo podía definir su vida hasta que había llegado a Edentown era soledad. Estaba acostumbrada a tomar decisiones sola, pero eso no hacía que le gustara o que le costara menos. Así que, pensar en voz alta con sus amigas, o no pensar en nada en buena compañía, era un lujo al que no quería renunciar. Se dejó llevar ensimismada. Realmente no sabía qué hacer.

No había nada seguro con Keith, pero la verdad era que le gustaba mucho lo que le hacía sentir y no recordaba haberlo sentido antes.

Sabía que habría más oportunidades de realizarse una inseminación artificial, pero ¿Para qué esperar si estaba decidida? Quizá continuara su relación con Keith, o quizá no. No podía esperar... o bueno, quizá sí... Pero negarse ahora, dejar pasar esta oportunidad, significaba volver a la lista de espera, empezar de cero y pasar por todo el proceso de nuevo... Quizá si las cosas fueran bien con él, en menos de un año podrían estar viviendo juntos... o no....



No sabía cómo abordar el tema. Llevaba intentándolo un rato mientras plantaba distraída las diferentes macetas en el jardín al atardecer. Él la acompañaba sentado a su lado con una cerveza fresca en la mano.

—¿Has pensado tener hijos?

Keith casi se atragantó con la cerveza y la miró extrañado —¿Y esa pregunta, a qué viene?

—Oh, solo curiosidad —le dijo ella tratando de tranquilizarlo, pero habiéndose dado perfectamente cuenta de su reacción.

—Hemos puesto medios —se defendió él.

—¿Qué? —se extrañó ella—. No... solo que no hemos hablado de eso.

—¿Y por qué vamos a hablar de hijos? Acabamos de conocernos, nos gusta follar juntos ¿Qué más quieres?

Megan lo miró confundida y un poco dolida —Solo era una pregunta, nada más —le mintió tratando de no estropear más el momento que se había vuelto muy tenso.

—No quiero hablar de esos temas.

—Pues ¿de qué quieres hablar? —le preguntó Megan visiblemente irritada.

—De nada —le dijo Keith levantándose del césped y dirigiéndose a la casa.

Megan bufó molesta. No podía haber ido peor. Aceleró lo que estaba haciendo, quería terminar cuanto antes y marcharse a su casa. Estaba molesta con ella y con Keith, pero a él no le podía culpar. Era ella, su reloj biológico, sus sueños... su vida, y no saber qué hacer con ella no le gustaba. Lo tenía todo tan claro antes de que él hubiera aparecido.

Keith la estaba observando desde la ventana de la cocina. Estaba molesto con Megan y con él mismo. Con Megan porque, como todas las mujeres que él conocía, ya le estaba pidiendo un anillo de compromiso y unos hijos, y con él por haberse involucrado tanto con ella sin haberlo visto venir. Se había prometido que no le iba a volver a pasar y había vuelto a caer de bruces en la misma trampa.

Miro a Megan. Los últimos rayos de sol le acariciaban el cabello. Trabajaba rápido pero el gesto de su cara denotaba una profunda tristeza. Sabía que el causante era él. Suspiró. Le gustaba estar con ella, mirarla, acariciarla y el sexo era increíble, pero no quería nada más. Quizá debería haberlo dejado claro desde el principio. Pero nunca era tarde.

Fue hacia ella justo cuando se sacudía las rodillas tras plantar la última maceta.

—Escucha, Megan...

—Ya me voy —le dijo ella triste tratando de mantener la compostura.

—Quiero hablar contigo...

—No creo que sea el mejor momento —le sonrió ella triste.

Keith se pasó la mano por el cabello.

—Quizá tengas razón...— pero no quería dejarla ir.

Se acercó y sin darle otra opción la besó posesivo, hambriento, como cada vez que se acercaba a ella. Temía que ella le dijera que no, que fuera la última vez. No quería nada, pero tampoco quería que aquello acabara.

Megan se dejó abrazar, compartir el beso dolía menos que pensar. Fueron juntos, besándose, tocándose, entrelazados, sin hablar, al interior de la casa. Llegaron sin ropa al dormitorio y se complementaron a la perfección, como si fueran un regalo mutuo. Dando y recibiendo por igual. Placer en estado puro.

Keith recuperó su respiración tumbándose boca arriba en la cama. El cuerpo de Megan se acercó instintivamente buscando su contacto. Le pasó un brazo por encima, en silencio.

—No creo en las familias —le dijo rompiendo el silencio.

Megan empezó a acariciar su musculoso pecho con los dedos esperando que hablara más.

—Mis padres murieron cuando yo apenas era un crío. Me fui a vivir con un tío de mi padre que casi no estaba en casa, así que cuando la marina apareció en mi vida ofreciéndose como una familia no lo dudé. Quería recuperar lo que recordaba de la familia con mis padres. Y la verdad es que estuvo bien mientras duró, pero ahora eso acabó —le confesó sin querer reconocer que había vuelto a sentir lo que era quedarse sin familia... otra vez.

Megan le escuchaba en silencio sabiendo a la perfección como se sentía.

—¿Y tu propia familia?

Ella no perdía la esperanza de crear una propia. Estaba más que dispuesta a ello.

—Lo intenté y no funcionó —murmuró levantándose muy molesto y con una gran presión en su espalda.

Buscó una pastilla en el cajón de su mesilla y salió de la habitación.

Megan se sintió tiste. Y vacía. Se levantó despacio y se vistió. Lo encontró en la cocina mirando por la ventana de espaldas a ella.

—¿No vas a volver a intentarlo? —le preguntó con un nudo en la garganta sabiendo que esa respuesta iba a marcar el futuro de la relación.

—Para ti es muy fácil decirlo. No sabes lo que es la soledad, el miedo por las noches cuando eres niño, la falta de apoyo, no tener con quien hablar...

—Quizá porque lo sé es por lo que no me rindo —le interrumpió.

El siguió sin mirarla —Pues mucha suerte —le respondió sabiendo que en ese momento la

relación llegaba a un punto sin retorno.

Megan sintió que su corazón se rompía en pedazos. Asintió en silencio. Todo había quedado muy claro, no hacía falta añadir nada. Los ojos se le llenaron de lágrimas y salió por la puerta sin mirar atrás.

Keith oyó la puerta cerrarse y cerró los ojos arrepintiéndose en ese mismo instante de la decisión tomada. Que Bianca se hubiera ido de casa con los niños no significaba que Megan fuera a repetir la historia, sin embargo, no quería probar suerte más veces. Estaba cansado de mendigar cariño, de estar solo... que, a fin de cuentas, era como siempre acababa...

Subió a la habitación para dormir y olvidar... Pero, las sábanas olían a ella.



Megan rompió a llorar de camino a casa. Iba a subir a su piso, pero cambió de idea y fue a casa de Jane. Estaba más cerca, miró el reloj. Peter estaría trabajando en la pizzería y la encontraría sola. No quería molestar a Laurel, que sin duda estaría con Nick.

Llegó a la espectacular casa de tres plantas y cuidado jardín. La familia de Jane había vivido siempre en Edentown y el apellido Muldon pesaba en la alta sociedad del pueblo, pese a que sus padres pasaban la mayor parte del tiempo viajando.

Jane, en pijama, abrió la puerta extrañada y aún abrió más los ojos como platos cuando vio a Megan llorando desconsolada.

—Pero... pasa...— cerró la puerta tras ella, asustada —. Dime a quién hay que matar —le dijo furiosa al verla en ese estado.

Megan se secó las lágrimas que seguían rodando por sus mejillas y negó con la cabeza.

—Simplemente no quiere tener familia —le explicó.

Jane hizo una mueca —Lo habéis hablado— cogió el teléfono—No le gustó lo de la inseminación artificial.

—No hizo falta decírselo —le explicó sentándose en el sofá del salón—. Me lo dejó muy claro desde el primer momento.

—¡Qué imbécil! —exclamó furiosa marcando un número de teléfono— Por favor ¿dónde va a encontrar a alguien mejor que tú?... Laurel... Es Megan, está en mi casa... perfecto.

Jane furiosa empezó a andar por el elegante salón con pasos firmes y los brazos en jarras.

—No me parece nada bien... será posible... ¿a qué aspira en la vida? Eres la mujer más familiar, más hogareña, más cálida que conozco... por favor... ¿quién no querría formar una familia contigo? Si hasta haces magdalenas caseras...

Megan se sonó la nariz con un pañuelo de papel que le tendió Jane mientras intentaba relajarse.

—Haz que se arrepienta —le sugirió vengativa Jane—. Ponte más guapa, más dispuesta, más alegre, y luego le das en los morros y le dices que eres tú la que no quiere formar la familia con él.

Llamaron a la puerta y Laurel entró con una caja de cartón. Jane la cogió

—¿De verdad que tienes tarta a estas horas? —le preguntó Jane extrañada.

—No es tan tarde —les dijo Laurel sentándose junto a Megan—. Tenemos una proveedora nueva de dulces en el hotel y ayer, después de que os fuerais, me regaló esa tarta para que la probará... ¿Qué ha pasado? —le preguntó a Megan preocupada.

—Hablé con Keith, no quiere formar una familia —volvieron a correr las lágrimas por sus mejillas—. Creí que estábamos bien...

—Y eso que no le asustaste con lo de la fecundación... —comentó Jane tendiéndoles unos

trozos de tarta de chocolate en unos platos.

—Bueno... un día de los que fui a la clínica me lo encontré y vio los folletos que llevaba... Quizá malinterpretó lo que vio...

—¡Una mierda! —exclamó Jane—. Cuando empiezas una relación, el siguiente paso es plantearse formar una familia, o por lo menos afianzarla.

—O dejarlo claro desde el principio —añadió Laurel.

—Bueno, pues eso es lo que ha hecho, dejarlo claro...—se secó las lágrimas—, y si no fuera porque yo también tengo claro lo que quiero podría seguir con la relación... pero... no quiero...

Jane se sentó frente a ellas —Oye, y si mientras aparece el hombre de tu vida, ¿te lo pasas bien con este?

Las dos le miraron entrecerrando los ojos.

—Eh, no tiene nada de malo divertirse con un hombre de vez en cuando y hay que reconocer que Keith está muy, pero que muy bien...

—Pero Megan está enamorada —le recordó Laurel.

—Bueno... —se limpió de nuevo las lágrimas— se me pasará... creía que no me había hecho ilusiones.... No sé... estábamos tan bien juntos... en fin...—probó la tarta—. Esta tarta está muy buena... ¿lleva naranja?

—Sí —saboreó Laurel—. La verdad es que está muy buena.

—¿De dónde es?

—Han abierto el local de la señora Cohen.

—¿El que llevaba tantos años cerrado? —preguntó Megan.

—Sí, por lo visto lo ha recibido en herencia una mujer con un talento increíble para los dulces...

Estuvieron en silencio por unos segundos.

—Bueno, fue bonito mientras duró. Habrá que volver a la rutina —suspiró Megan—. Lo bueno es que ahora no tengo que pensar en lo de la inseminación, me la haré y ya está.

—¿Estás segura? —le preguntó Laurel— ¿Y si se arrepiente y vuelve?

Megan se encogió de hombros... —Pues no sé... creo que me lo dejó muy claro... y si no... cuando llegue a ese puente ya lo cruzaré.

Llegó muy triste a su casa y antes de cerrar la puerta volvió a derrumbarse.

No se explicaba cómo se había enamorado tan rápido, y las escenas con él se sucedían en su mente sin parar, la primera vez que lo había visto, su sonrisa cuando lo vio sin la barba, sus besos, sus abrazos, sus conversaciones en la pizzería de Peter... Sus tres gatas la siguieron y la rodearon cuando se tumbó en la cama. Ellas las miró con una sonrisa triste. Eran la familia que ella sola había creado. Les acarició sus suaves y bonitas cabezas mientras secaba sus lágrimas.

Bueno, ya había pasado. Lo había intentado, había confiado, se había atrevido a soñar, a hacerse ilusiones... había dolido, pero ya había terminado. Seguiría con sus planes de tener una familia, y seguiría adelante sin depender de nadie, como siempre había hecho.



Megan estuvo extremadamente sensible el resto de la semana. Cada vez que la puerta se abría se encontraba esperanzada pensando que Keith entraría a buscarla, pero no ocurrió nada. Así que cuando el sábado la llamaron de la clínica no encontró razón para no ir.

Claro que le habría gustado que Keith le diera una oportunidad, pero retrasar el momento de formar una familia por una posible ilusión que quizá no se materializara, no era algo que se

quisiera plantear. La vida seguía y ella hacía tiempo que había perdido la esperanza de encontrar una pareja para compartirla. Estaba decidida a formar una familia, un hogar, con o sin marido.

Llegó frente a la clínica llena de nervios, dudas y hasta con un nudo en la garganta. Bueno, se excusó, siempre podría ser que encontrara a alguien, aunque ella tuviera ya un hijo. A su edad, tener hijos era lo más normal y a su futura pareja no tenía por qué importarle.

Tomó aire hasta llenar sus pulmones y mientras lo expulsaba por la boca controladamente, abrió la puerta y entró. Avisó de su llegada en la recepción y se sentó a esperar.

—Muy bien, Megan —le dijo poco después la doctora Stuart saliendo a buscarla con una sonrisa—. Ha llegado el día —le sonrió amable como siempre— ¿Estás preparada?

Megan asintió con un gesto de cabeza mientras entraba a la consulta.

—Túmbate en la camilla. Voy a explorarte y luego empezaremos con el proceso. Te recetaré hormonas que empezarás a tomártelas en unos días y quince días más tarde tendrás que venir para que podamos sacarte los óvulos.

Megan asintió nerviosa mientras se recostaba en la camilla y la doctora le levantaba la camiseta para extenderle una vaselina fría.

—¿Todo bien?—le preguntó para distraerla de los nervios que sentía que tenía —¿No has cambiado de idea?

—No, no —le dijo Megan un poco triste recordando la negativa de Keith a tener familia.

—Ohh! —exclamó la doctora ajustándose las gafas y mirando con detenimiento el monitor.

Megan la miró alarmada —¿Todo bien?

La doctora sonrió mirándola —Veo que no será necesario pasar por todo esto.

—Sí, sí —le dijo Megan—. De verdad que estoy decidida a ser madre.

La doctora le cogió de la mano —Y vas a serlo... sin mi ayuda.

Megan la miró sin comprender.

La doctora le mostró la ecografía —Mira, ¿ves esta bolsita de aquí? —le señaló la imagen del monitor.

—Sí —asintió Megan— ¿Me pasa algo? ¿Va algo mal?

—No, corazón —le dijo con ternura—. Es tu bebé.

Megan miró de nuevo la pantalla extrañada.

—¿Cómo?

—Es tu bebé. Tendrá unas seis semanas, no más, ¿No te diste cuenta de que no te venía el periodo?

Megan negó con la cabeza aturdida.

—Pide cita con tu médico para que te recete algún suplemento vitamínico y ácido fólico —le dijo sonriendo mientras le tendía una toallita para que se limpiara la vaselina del vientre.

Megan se quedó parada, sin reaccionar. Su cara había perdido el color y sentía la garganta seca.

—¿Te encuentras bien?

Megan la miró como si no escuchara nada. Sentía una presión enorme en su cabeza. Parecía que hasta los oídos se le hubieran taponado. Incluso juraría que el mundo se había detenido.

—¿No te lo esperabas? —se sentó a su lado preocupada.

Megan negó con la cabeza sin comprender. Solo había estado con Keith y él siempre había sido muy cuidadoso con los preservativos. Pero no podía ser de nadie más. La cabeza empezó a darle vueltas... recordó una vez... en la cocina...no habían usado protección... ni se habían dado cuenta de ello...

La doctora empezó a decirle cosas que ella no lograba ni escuchar. La ayudó a limpiarse, a

acomodarse la ropa, a ponerse en pie.

—¿Te traigo algo, Megan? ¿Llamo a alguien? Me estás asustando —le preguntó realmente preocupada.

Megan negó con la cabeza y se dirigió a la puerta totalmente aturdida y bastante confundida. Salió de la consulta. No sabía qué hacer.

Entonces las lágrimas arrasaron sus ojos. Una mezcla de sensaciones. Feliz por estar embarazada, triste por el sentimiento de Keith de no querer formar una familia. No sabía qué predominaba más.

Se dirigió confusa y distraída a la parada del autobús. Sacó la novela que había cogido mientras esperaba e intentó leer, pero no se concentraba en absoluto.

No sabía cómo se lo tomaría Keith. Llevaba sin verlo unos días...un coche paró frente a ella.

—¿Vas a casa? —le preguntó Peter en su bonito Cadillac rojo abriéndole la puerta del copiloto —. Te llevo.

Megan asintió y entró sin pensárselo dos veces. Se sintió aliviada al encontrarse con Peter. Sentía que necesitaba palabras amables y que le dieran confianza. No sabía si quería llorar, reír, correr....

—Tenía que hacer algunas compras... ¿Estás bien? —le preguntó al verle la cara sin color y con una expresión de susto.

Entonces Megan rompió a llorar desconsolada. Peter se asustó y aparcó el coche en el primer lugar que encontró. La abrazó sin hacer preguntas hasta que se calmó.

—Jane te preguntaría que a quién hay que matar por hacerte llorar así, yo no lo mataría, pero si puedo hacer algo, dímelo—. Le comentó con una agradable sonrisa.

—Es que se me han complicado un poco las cosas —le dijo sacando un pañuelo de su enorme bolso.

Peter asintió paciente esperando que ella se desahogara, pero Megan no parecía muy dispuesta a hacerlo.

—Podemos irnos —le sonrió más tranquila sonándose la nariz—. De verdad.

Peter asintió —Como quieras.

—Sabes que siempre he querido tener una familia —le explicó mientras arrancaba el coche—. Pues estoy embarazada.

Peter paró de nuevo el motor extrañado.

—¿Qué? ¿Y entonces por qué lloras?

—Porque el padre del bebé no quiere tener familia —le explicó ante su mirada atónita.

—¿Y cómo se lo vas a explicar?

—No tengo ni idea —le confesó—. Acabo de enterarme ahora.

—Bueno, tendrá que asumir las consecuencias —Puso el coche en marcha de nuevo con una expresión seria en la cara.

Megan le sonrió con cariño. Peter, el hermano de Jane, era tan responsable, tan protector...

—Puedes contar conmigo para lo que quieras —le dijo sincero mirándola de reojo—. De verdad, y si ese novio tuyo se desentiende házmelo saber.

—Habíamos dejado la relación —le explicó triste—. De nada servía seguir con él si no quería tener familia.

Peter arqueó las cejas —Pues vaya sorpresa que se va a llevar... pero si es lo que tú querías, te doy la enhorabuena.

Megan asintió sonriendo satisfecha. Por un momento dejó de preocuparle Keith y se llevó las manos al vientre, tratando de sentir la vida que llevaba dentro, pidiendo en silencio a su bebé que

sintiera todo el amor que ella podía darle.

Llegaron al pueblo hablando de diferentes temas, de manera que Megan se relajó considerablemente.

Peter la dejó frente a la inmobiliaria. Megan le despidió con una sonrisa y antes de llegar a la puerta vio a Keith sentado en el banco de la calle más próximo. Al verla fue hacia ella. Megan notó que un fuerte calor le recorría el cuerpo y se sonrojó inevitablemente. Quizá no tendría que esperar a otro momento para darle la inesperada noticia. Keith la siguió hasta dentro. Tenía unas leves ojeras, pero seguía tan atractivo como siempre

—¿Te ha dolido la espalda?

Keith se sorprendió por la pregunta —Bueno, sí... un poco...

Megan esperó a que le explicara el porqué de su visita.

Keith no sabía cómo comenzar, no sabía muy bien qué estaba haciendo allí. La había echado de menos. Se había acostumbrado a ella. Tenía miedo de que ella cambiara y se convirtiera en una arpía, pero siempre podría poner remedio a eso cuando llegara el momento. Megan le estaba mirando. Era tan bonita, tan dulce, era como un bálsamo para sus heridas... Fue hacia ella sin pensar y la besó. Con pasión, con hambre, con ganas de ella.

Megan le devolvió el beso abrazándolo con fuerza mientras sentía que las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin poder evitarlo.

—No quiero estar sin ti —le susurró mientras empezaba a besarle el cuello.

Megan sintió el calor de sus besos... Sonó el teléfono interrumpiendo el momento. Megan recobró la cordura. Era su lugar de trabajo. Se separó de Keith y cogió la llamada.

—¿Jane? Has hablado con Peter? —miró hacia Keith pidiéndole intimidad con un gesto.

—Ven esta noche a casa —le respondió en un susurro.

Ella asintió con un atisbo de esperanza mientras lo veía salir por la puerta.

—¿Megan? Sí, he hablado con Peter, me ha dicho que te había visto y que no tenías buena cara... ¿Estás bien? —le preguntó Jane al otro lado de la línea telefónica.

—Sí... no... yo... —no sabía qué decirle. Esa noche hablaría con Keith.

—No te ha contado nada? —le preguntó Megan cuando se quedó a solas—. Estoy bien... tengo que hacer una cosa esta noche... mañana hablamos.

—¿Pero de verdad estás bien?

—Sí, no te preocupes —le sonrió esperando realmente no tener ningún motivo de preocupación.

Cuando colgó el teléfono una sonrisa radiante empezó a dibujarse en su boca. Embarazada, embarazada, se repitió una y otra vez sintiendo como la alegría y un amor incondicional la inundaban. Y Keith había ido a buscarla! No se podía estar más feliz, se dijo abrazándose el vientre.



Megan llamó a la puerta y esperó a que Keith le abriera.

—No hace falta que llames —le dijo él abriéndole la puerta, invitándola a pasar.

Megan sonrió al ver que sobre la mesa donde estaban ya dispuestos los platos y cubiertos había también un ramo de flores

—Estaba esperándote —le dijo abrazándola mientras la besaba. Megan le devolvió el beso con la misma entrega y en un momento se habían quitado la ropa mientras Keith buscaba con la mirada un lugar donde tumbarla. La llevó al sofá del salón y no tardó nada en echarse sobre ella y

penetrarla.

Cuando sin dejar de besarla cogió su cartera, Megan adivinó lo que buscaba —No hace falta —le susurró ella.

—¿Estás segura? —le preguntó entendiendo que había tomado ella algún tipo de precaución.

—No te preocupes —le dijo dejándose llevar por la pasión mientras él le besaba el cuello y la penetraba una y otra vez—. No me voy a quedar embarazada.

Él la acompañó en el rito salvaje hasta que se fundieron en uno. Cuando acabaron, satisfecho la besó.

—No te vayas —le pidió.

Megan sintió que podía tocar el cielo con las manos. Sonrió insegura.

—Pero yo quiero una familia.

—Te haré cambiar de opinión —le aseguró Keith besándole el cuello.

Megan puso las manos de por medio sintiendo que caía de desde el cielo en el que estaba — No, Keith, voy a formar una familia.

Keith se separó un poco molesto —Creí que estábamos bien juntos —le dijo mientras se ponía los calzoncillos y los vaqueros.

—Y lo estamos. Yo creo que lo estamos —le respondió ella yendo hacia su ropa—. Pero yo quiero más. Quiero hijos, quiero un perro, quiero un columpio en el porche, y otro en el jardín para los niños...

Keith fingió una sonrisa cínica que escondiera la frustración que sentía —Ya... la casa ya la tienes conmigo, no? Esta era la casa que querías según tú misma me dijiste.

Megan se sorprendió por el comentario —¿Eso a qué viene?

—Querías la casa y yo estaba en ella. Ahora quieres una familia y también quieres que te la dé yo.

Megan lo miró sin comprender mientras terminaba de ponerse las sandalias —No sé qué pretendes —le dijo extrañada— ¿Enfadarme? Tú viniste a buscarme. La última vez quedó claro que no pensábamos lo mismo acerca de la familia, creí que habías cambiado de opinión.

—No lo hice... —reconoció—. Pero me gustas demasiado... me estás pidiendo todo o nada ¿No puedes conformarte con lo que tenemos?

—Lo que tenemos puede crecer y quiero estar segura de que crece en la misma dirección —le dijo situándose frente a él mirándole a los ojos.

—Vale, lo he entendido —asintió con tristeza yendo hacia a cocina—. Mira Megan, me parece perfecto que quieras tener la misma vida que cuando eras pequeña, que tus padres se reúnan con la familia en las barbacoas de domingo, —Megan enarcó las cejas sorprendida—, los regalos de Navidad bajo el árbol o las magdalenas de la abuela, pero yo no he tenido eso y no lo necesito.

Megan se quedó allí parada sin reaccionar. Sorprendida. ¿Qué le había hecho pensar a él que su vida había sido así? Cerro los ojos reconociendo la verdad. No se conocían, apenas habían hablado más que de nimiedades o del día a día. Parecía que sus cuerpos se entendían a la perfección, mucho más que sus ideas. Suspiró. No sabía cómo podría reconducir la conversación para decirle lo del bebé, pero antes sentía la necesidad de aclarar otras cosas.

—Creo que tienes una idea equivocada de mi vida...

—Está claro que no vamos a solucionar nada —le dijo ligeramente molesto—, pero he preparado la cena. Lo que ocurre es que, si te quedas, querré el postre —le sonrió seductor.

Ella sonrió triste yendo hacia él apoyándose en su pecho desnudo.

—¿El postre? Te aseguro que no puedo pensar en él en este momento.

—Pues no hables, no me pidas más de lo que yo quiero darte —le dijo con suavidad

acariciándole los labios con los suyos.

—Eso no me vale... —le dijo sintiendo que el corazón volvía a romperse en mil pedazos—. No ahora...

Keith suspiró triste, no quería que la relación acabara.

—¿Por qué te empeñas en salirte con la tuya? ¿En que todo sea como tú quieres? ¿En que todos queramos lo mismo que tú?

—Porque es mi vida y ahora no puedo pensar solo en mí...

—No me pidas más —le pidió en un susurro apoyando los labios en su frente—. No puedo darte más. No ahora.

Megan sintió un pequeño atisbo de esperanza.

—No ahora... ¿Quizá en el futuro? —le preguntó insegura.

—No me gusta pensar en el futuro —le confesó pensando en el accidente que pudo costarle la vida y que le había jubilado anticipadamente.

—Pero no me puedes pedir a mí que no piense en él... tengo mucho que pensar, que organizar...

Keith suspiró —No vas a cambiar de idea...

Megan negó con la cabeza —¿Y tú?

Keith también negó con tristeza.

Megan le dio un suave beso en los labios y salió de su casa mientras las lágrimas volvían a correr por las mejillas.



—Megan... pero... ¿y tu ropa deportiva? —le preguntó Laurel nada más salir de casa al despuntar el día y verla vestida con uno de sus vaporosos vestidos largos.

—No puedo acompañaros a correr —les explicó un poco triste.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Laurel mientras Jane se unía a ellas.

Megan se llevó las manos a su inexistente todavía barriga.

—No podré correr con vosotras en una temporada.

Las dos amigas se quedaron en silencio sin comprender.

—Ah, fuiste ayer a la clínica —le dijo Jane— ¿Ya te los han implantado? ¿No tenías que hormonarte antes?

—Fui a la clínica —les dijo Megan—, pero no hace falta que me implanten nada —les sonrió—. Ya estoy embarazada, de unas seis semanas.

Las dos amigas abrieron la boca asombradas y emocionadas a la vez y la abrazaron entre lágrimas de alegría.

—Y Keith? Como se lo ha tomado? —le preguntó Laurel.

—Es verdad, no quería familia —apuntó Jane.

—Y sigue sin quererla... —las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—¡¡¿Cómo?!! —exclamaron las dos a la vez mirándose entre ellas.

—Ayer volvimos a hablar y me pidió que cambiara de idea. No vi cómo decírselo, pero quedó claro que no podíamos seguir juntos.

—Pero ¿no se lo dijiste? —le preguntó Laurel extrañada.

—Pues claro que no, que vuelva de rodillas si quiere algo... será posible el hijo de... —despotricó Jane furiosa.

—No sé cómo lo haré, supongo que debo decírselo, pero no sé cómo ni en qué momento... solo

quería contároslo a vosotras.

—Vamos a celebrarlo —le dijo Jane pasándole un brazo sobre los hombros—. Ya correremos mañana... tú no, Megan.

—¿Estás contenta? —le preguntó Laurel preocupada.

—Sí —sonrió de oreja a oreja—. Tengo el corazón un poco roto, pero —se acarició el vientre—, supongo que estoy feliz.

—Creo que tengo tarta en la nevera —les dijo Laurel dando media vuelta hacia su casa sonriente.

—Vamos a ser tías —dijo sonriente Jane.

Megan dejó fluir las lágrimas en el calor de sus amigas.

—Esto deben de ser las hormonas —se justificó llorosa.

—O todo un poco —le consoló Laurel sacando la tarta de la nevera.

—Bueno, pero lo has conseguido —comentó Jane—. Ya tienes la familia que querías.

—Sí, supongo que sí... pero no esperaba sentirme así.

—Míralo por otro lado. Querías un donante de esperma, lo has conseguido y divirtiéndote además... pues ya está.

Laurel la miró entrecerrando los ojos.

—Es verdad. Megan siempre decía que quería eso —se justificó Jane—. El amor no entraba en sus planes.

Megan asintió llorosa —Y mirad cómo estoy.

—No hay nada de malo en querer meter el amor en esa idea que tenías de lo que querías que fuera tu vida —le apoyó Laurel.

—Por eso te apuntaste a las webs de contactos... aunque no queramos reconocerlo, el amor es importante... cuando lo tienes, cuando sabes lo que es... tú ya sabes lo que es... si Keith no lo quiere, él se lo pierde...

—Me dijo que no todo el mundo quería lo mismo que yo... —susurró triste.

—Quizá sea cierto —se encogió de hombros Laurel.



A los pocos días Keith entró en el establo como todas las mañanas encontrándose a Nick paseando nervioso de un lado a otro. Murmuraba palabras que no se le entendían mientras sujetaba con fuerza lo que tenía en la mano. Keith le miró sorprendido. No recordaba haber visto a Nick nervioso desde que lo conocía.

—No te esperaba tan pronto —le dijo un poco avergonzado al verse sorprendido.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le dijo al ver que tenía en su manos la cajita azul celeste de una conocida joyería.

—No...yo... estoy un poco nervioso —le confesó enseñándole el anillo de compromiso que había comprado.

—Sabes que te va a decir que sí —le sonrió sincero.

—Eso espero, sí... Claro...—sonrió—. Vivimos juntos, pero quiero que sea perfecto... no me imagino la vida sin ella, se merece todo... la amo tanto...—sonrió como si fuera un adolescente enamorado.

Keith lo escuchaba con calma. Le sorprendía ver a ese hombre tan seguro en los negocios tan nervioso ante una proposición de matrimonio con una mujer que parecía que le adoraba al margen de su dinero o su posición social.

—Supongo que parezco tonto —le confesó Nick guardándose el anillo.

—No, pareces enamorado —le respondió sincero sintiendo ligeramente una punzada de envidia.

Nick sonrió.

—Lo estoy. Llevo años eludiendo este tipo de compromiso.

—Sé de lo que hablas —le dijo Keith empezando a cepillar el caballo.

—Pero cuando aparece la persona adecuada es tan sencillo...

Keith se quedó pensativo. Con Megan todo parecía sencillo, hasta calmar sus dolores de espalda... pero no quería empezar de nuevo, pasar por lo mismo... Y no tenía nada que darle... solo la casa en la que vivía... nada más... aunque a ella le gustaba esa casa... quizá... no... porque qué pasaría después, dónde se iría él cuando ella lo echara de casa...

Triste y enfadado dejó de cepillar al caballo y empezó a limpiar el establo. Nada como el sudor y el esfuerzo físico para olvidarlo todo.



Al acabar la semana Nick entró sonriendo al establo.

—Keith, ¡me dijo que sí! —le confirmó radiante de alegría tendiéndole la mano.

—Enhorabuena —le sonrió aceptando el saludo y golpeándole afectuoso la espalda.

—Esta noche tomaremos algo donde Peter, ¿cuento contigo?

Lo primero que le vino a la cabeza fue Megan y titubeó. No sabía si quería volver a verla

Nick pareció adivinar sus pensamientos —Supongo que vendrá Megan —le confirmó—. Si no quieres venir lo entenderé...

—No... —aceptó la invitación—. No pasa nada. Allí estaré.

—Mike! —Saludó al veterinario que entraba con su maletín en los establos en ese momento—. Esta noche en la pizzería de Peter, yo invito a la cena.

Mike O'Roarke asintió sonriente —Allí estaré —miró a Keith cuando Nick salió radiante— ¿Qué le ocurre?

—Laurel le ha dicho que sí.

—¿Pero no se lo dice cada día que sigue viviendo con él? —preguntó extrañado—. No entiendo la necesidad de casarse...

Keith se encogió de hombros pensativo. Él tampoco la entendía mucho, o eso creía hasta que pensaba en Megan. No la había visto desde hacía casi dos semanas y aún la echaba en falta o la buscaba en la cama cada vez que se daba la vuelta. La recordaba cada vez que veía las margaritas junto a las escaleras, cada vez que entraba en la cocina, cada vez que se daba una ducha... No recordaba haberse sentido así cuando Bianca se fue con los niños, ni cuando viajaba con la marina. Le estaba costando acostumbrarse de nuevo a la soledad ahora que había experimentado lo que era sentirse realmente acompañado... y ella no parecía reparar en su mal genio... quizá podría hacerle cambiar de opinión...

La cena transcurrió tranquila y agradable. Megan se sentó alejada de él, junto a Jane y la radiante novia y cuando trataba en escuchar su conversación, esta giraba sobre no sé qué escotes de corazón, flores y fotos de boda.

Peter y Mike también se unieron a la cena y se sorprendió al sentirse realmente integrado en esa reunión de amigos.

Keith empezó a pensar que quizá podría hacer que las cosas en su vida fueran diferentes.



Megan sintió que su corazón saltaba cuando, por fin, y cuando ya no lo esperaba, Keith entró por la puerta de su inmobiliaria.

La noche anterior apenas se habían saludado ni cruzado unas palabras. Ella había pensado en ponerle un poco celoso prestando atención al nuevo veterinario, pero Mike parecía que no tuviera ojos en la cara para nadie que no fuera un animal desamparado, razón que se le había ocurrido a Jane que intentó una y otra vez captar su atención, sin éxito.

—Megan... lo siento —le dijo apoyándose en el mostrador manteniendo la distancia con ella.

A Megan se le llenaron los ojos de lágrimas mientras sentía que su corazón se llenaba de luz y alegría. Fue a acercarse a él, pero él dio un paso atrás levantando las manos como un gesto para detenerla.

—No quiero una familia...

—Eso ya me lo dejaste claro —le dijo triste llevándose una mano al vientre rezando en silencio para que su bebé no escuchara lo que su padre estaba diciendo.

—Tuve una mujer y dos hijos —miraba con el ceño fruncido por la ventana evitando mirarla a ella, o que se le quebrara la voz—. En mi último viaje, recibí una carta. Ella se fue con otro. Vendió nuestra casa y se fue. Sin más, llevándose a los niños... a mi hija ni la conozco... No sé dónde están...

Megan se llevó las manos al pecho que sentía que se llenaba del dolor que Keith había podido experimentar.

—Lo siento... —susurró mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Solo quería explicártelo —la miró—. No quiero que pienses que tú... no llores...

Megan asintió secándose las lágrimas.

—No quiero que vuelva a pasarme.

—No tiene por qué pasarte otra vez —le dijo ella yendo hacia él.

El retrocedió con el mismo gesto en las manos que le pedían distancia —No, no quiero pasar por esto de nuevo. No sabes lo que es la soledad, no tener nada ni nadie, verte solo, totalmente abandonado, en la calle.

Megan irguió la espalda dolida por el rechazo de él.

—Me crié en casas de acogida —le confesó ella—. A los dieciocho años el estado deja de encargarse de ti. No me digas a mí que no sé lo que es verte en la calle, ni la soledad... porque dejé de sentirla cuando llegué aquí, cuando conocí a mis amigas, cuando adopté a mis gatas, cuando monté mi propio negocio.

Keith la escuchaba sorprendido en silencio mientras un sudor frío le recorría la espalda.

—Pero yo estoy dispuesta a cambiarlo —le acusó ella—. Porque sé lo que es no tener familia, es por lo que quiero una.

Keith negó con la cabeza retrocediendo hasta la puerta —Te deseo buena suerte.

Fue a abrir la puerta cuando vio a Megan doblarse sobre sí misma ahogando una exclamación.

Megan se llevó las manos al estómago cerrando los ojos con fuerza sintiendo un agudo pinchazo en su abdomen.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él asustado yendo hacia ella.

Megan negó con la cabeza... no podía hablar. Notó como un líquido espeso corría por sus piernas y el suelo empezaba a cubrirse de gotas de sangre.

No podía ser, pensó ella presa del pánico. Keith asustado la cogió en brazos sin darle opción a

nada y la llevó hasta su destartada furgoneta.

—Mi bolso... —susurró ella sin dejar de abrazarse el abdomen.

Keith volvió a la inmobiliaria con rapidez. Vio el bolso enorme en la percha del rincón y lo cogió mientras llamaba a Nick.

—Nick, no sé qué le pasa a Megan, dile a Laurel que me la llevo al hospital. No me detengo a cerrar el local.

Le dio el bolso mientras la veía retorcerse de dolor en el asiento. Le puso como pudo el cinturón de seguridad y se dirigió a toda prisa al centro hospitalario de la ciudad.

Aparcó como pudo frente a la puerta. La cogió en brazos y la llevó casi inconsciente al interior donde enseguida se ocuparon de ella mientras a él le daban unos formularios que debía rellenar.

Estaba aterrado esperando saber algo de ella. Un sudor frío le recorría la espalda. No tardaron en entrar por la puerta Jane, Laurel y Nick que se le acercaron preocupados. Él no supo explicarles nada. Poco después llegó Peter muy serio y preocupado y se unió a ellos.

—¿Familiares de Megan Saint James? —preguntó un doctor entrando en la sala de espera.

Todos se levantaron para rodearlo.

—¿Son familia?

—No tiene familia —le explicó Laurel preocupada con los brazos cruzados—. Somos sus amigos.

El doctor asintió —¿El padre del niño?

Todo miraron a Keith que perdió el color en un momento. Las rodillas empezaron a temblarle. El doctor, siguiendo la mirada de todos, miró a Keith. Sin palabras él asintió.

—Lo siento mucho. La hemorragia fue la consecuencia de un aborto espontáneo.

Keith asintió intentando digerir las palabras, presa del miedo.

—¿Cómo está Megan? —pudo preguntar casi sin voz.

—Ella está bien, en un momento podrán pasar a verla... no más de dos personas en la sala. Pero le daremos el alta si todo va bien a última hora de la tarde.

De pie, sin poder moverse, todos vieron al doctor alejarse.

Laurel y Jane se sentaron resoplando tristes mientras Peter las siguió apretando los labios con fuerza. Nick le puso la mano sobre el hombro a Keith que aún no había digerido la noticia.

Keith agradeció el contacto. Se sentía totalmente paralizado, bloqueado.

—¡Jane! —oyó llamar a Peter a sus espaldas.

—No, déjame —exclamó Jane alejándose de su hermano acercándose hecha una furia a Keith —Mira —le señaló acusadora con el dedo—. No te quiero decir lo que pienso porque sé que me arrepentiré y no sé si tú además de idiota eres rencoroso.

Peter se les acercó situándose al lado de Keith, apoyándole en silencio junto a Nick. Laurel se acercó para respaldar a su amiga.

Keith apenas podía escucharla. Su actitud agresiva y sus gestos le decían todo lo que pensaba de él.

—No sé a qué aspiras en la vida, pero nunca, nunca —le clavó el dedo en el pecho—, vas a encontrar una mujer como Megan, así que, si no estás dispuesto a cuidarla como se merece, ¡aléjate de ella! —salió de la sala para calmarse.

Laurel apoyó su mano en el brazo de Keith —Lo siento mucho...—salió tras su amiga.

Peter y Nick suspiraron sin moverse de su lado.

—Lo siento —le dijo Nick que no había quitado la mano de su espalda.

Keith asintió y fue a sentarse, derrumbado en una de las sillas de la sala de espera.

Sentía que su mundo se desmoronaba otra vez. En tres meses había rehecho su vida y la había

vuelto a perder. Le vinieron a su mente los recuerdos del pasado. Llegar a su casa y encontrarse otras personas viviendo en ella, sin saber dónde encontrar a sus hijos. Ahora hubiera podido tener otro hijo... pero quién le garantizaba no volver a perderlo... si Megan ni se lo había dicho...

Un rato después el médico volvió a salir para buscarlo y llevarlo ante Megan.

No tenía palabras para ella. No las que ella querría oír. No estaba preparado...

La vio tan indefensa en la cama del hospital, encogida, llorosa.

Ella se giró cuando lo vio.

—Ya te has enterado —le dijo sin ningún rencor en su voz.

Keith asintió metiéndose las manos en los bolsillos. Sabía que si las tenía fuera no podría evitar abrazarla, llevársela a casa, hacerle promesas que no sabía si sería capaz de cumplir. Y era incapaz de eso.

—¿Cómo estás?

—Aquí —le dijo ella. Sola, pensó.

—Lo siento mucho... —murmuró sin saber qué decir.

—Bueno, no tendría que ser... —contestó triste—. Sucedió de repente... Se fue de repente... la vida sigue...

—Yo... Megan... No tengo nada que ofrecerte... —le susurró acercándose sin tocarla...

—No te he pedido nada —le recordó Megan mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—.

Ya hemos pasado por esto, las cosas están claras...

Keith asintió incómodo —Será mejor que llame a Laurel.

Megan asintió viéndolo salir de la habitación.

Laurel estaba esperándolo fuera.

—Te espera —le dijo.

—Keith, lo siento mucho, lo del bebé, lo vuestro...

Keith asintió alejándose del hospital y de todo ello.



El verano estaba pasando rápido. Había transcurrido un mes desde el aborto. Megan entró en la nueva pastelería del pueblo. Le parecía un lugar muy acogedor y realmente bonito. Algunas paredes en color teja, el mobiliario blanco rústico... Tenía unas bonitas mesas donde sentarse a disfrutar de los dulces. Y los expositores hacían la boca agua.

Carolyn Winter, la joven propietaria le sonrió con afecto. Parecía una sonrisa sincera y eso le agradó y le sorprendió también. Megan le correspondió la sonrisa y se centró en admirar la variedad de pasteles y cupcakes.

Jane y Laurel ya le habían avisado de lo difícil que sería elegir qué tomar, y estaba dispuesta a comprobarlo por ella misma.

Además, estaba satisfecha. Había encontrado para Mike, el nuevo veterinario, su casa ideal. Una con una gran superficie exterior y un cobertizo en el jardín trasero que le serviría como consulta o para resguardar a algunos animales sin hogar.

Le había llevado casi todo el mes encontrar la casa, y lo cierto es que eso le había distraído bastante desde su mala experiencia con Keith. Lo había visto alguna vez mientras le enseñaba casas a Mike, pero apenas habían mantenido ninguna conversación más allá de lo meramente formal.

Había decidido esperar el tiempo recomendado antes de volver a la clínica de inseminación. Estaba claro que era la única solución posible para ser madre. Todavía le dolía el rechazo

recibido y no estaba dispuesta a pasar por algo similar otra vez.

—Ay... no sé por cuál decidirme —le confesó sonriente—. Todo tiene tan buenas pintas...

—Tómate tu tiempo —le respondió con un brillo orgulloso en la mirada mientras se dirigía a recoger una de las mesitas que se había quedado vacía.

Tiempo, se quedó Megan pensativa. El tiempo era algo que pasaba tan rápido, sin curar las heridas... suspiró.

Le costó decidirse entre tanto pastel y al final optó por saborear un cup cake red velvet y un té verde con menta. Le parecía una forma maravillosa de empezar el día. Sonrió.

Estaba disfrutando del momento cuando vio entrar a una mujer de su edad, con traje de chaqueta y dos niños que parecían muy tristes. Llevaba el cabello rubio recogido en una tirante coleta y un bolso de mano que parecía de muy buena calidad. El niño, de unos siete años, llevaba las manos en los bolsillos y la niña, de unos cinco, apretaba una muñeca de pelo rosa.

Les ordenó firme que se sentaran, pidió dos refrescos y los pagó. ¿Refrescos a las nueve de la mañana? Pensó Megan extrañada. Sin decirles nada más, ni una muestra de afecto, ni una excusa volvió a salir por la puerta. Miró a los niños. A esa edad en la que deberían estar jugando, activos, risueños, pero esos dos niños parecía que cargaban el peso del mundo sobre sus hombros. A Megan le recordó su infancia, pensó en sentarse con ellos, pero no le parecía lo correcto.

Carolyn les acercó los refrescos extrañada.

—¿Se ha ido vuestra madre? —les preguntó mirando hacia la puerta.

—Es nuestra tía —le respondió el niño enfadado en un susurro mientras la bonita niña rubia se encogía en el asiento buscando la cercanía de su hermano sin soltar su vieja muñeca.

—¿Va a venir ahora?

—Cuando acabe lo que ha venido a hacer —le respondió el niño evitando la mirada de sus ojos castaños.

Carolyn asintió extrañada y volvió tras el mostrador.

Megan miró el reloj, había pasado media hora desde que la mujer rubia dejara allí a los niños. No tenía prisa alguna y estaba disfrutando de su desayuno con mucha calma. Volvió a fijarse en ellos. La pequeña se había puesto a llorar en silencio. No era su asunto, pero ya no le importaba meterse. Se acercó a ellos

—¿Puedo sentarme?

Los niños que ya habían acabado su refresco la miraron extrañados y se levantaron para dejarle la mesa.

—No, no —les dijo Megan—. Quiero sentarme con vosotros —les explicó invitándoles a que volvieran a sentarse.

Los niños la miraron extrañados y serios y volvieron a ocupar sus sillas.

—Tarda mucho vuestra tía —les sonrió—. Pero seguro que viene enseguida.

Los niños la miraron sin responder. Megan les sonrió. El cabello castaño del niño estaba alborotado.

—¿Queréis tomar algo más?

A los dos se les abrieron los ojos como platos, pero enseguida bajaron la cabeza.

—No, gracias —le respondió el niño mayor mientras la niña empezaba a llorar de nuevo en silencio.

—Cállate, Charlotte —le ordenó el niño.

—Pero tengo hambre... —susurró llorosa.

Megan sintió un nudo en la garganta recordando su infancia. Se levantó y les tendió las dos manos — Vamos a hacer una cosa... elegid un pastel y si vuestra tía dice algo, le diré que la culpa

es mía.

La niña le miró esperanzada pero el niño no se movió.

—Venga —insistió Megan—. Tengo que saber qué pastel queréis —les dijo.

La niña miró a su hermano insegura. —¿Y también puedo beber leche?

—No, Charlotte —le dijo el niño—. La tía ha dicho que no molestemos y nos quedemos quietos. Charlotte volvió a bajar los ojos.

Carolyn observaba la escena desde el mostrador. Cogió tres cupcakes de chocolate, los puso en un plato y añadió a la bandeja dos vasos de leche y un té con una infusión de regaliz. Se acercó a la mesa.

—Chicos, necesito que me ayudéis —les pidió dejando la bandeja—. Esto no me cabe en el mostrador y no quiero tirarlo, por favor ¿os importaría comérselo?

Los niños la miraron boquiabiertos mientras Megan le sonreía con afecto. Carolyn le guiñó el ojo y volvió tras el mostrador.

Megan se sentó con ellos otra vez —¡¡Qué buena suerte!! —comentó cogiendo uno de los cupcakes.

Los niños sonrieron de oreja a oreja y no tardaron en devorar sus magdalenas y los vasos de leche. Megan los acompañó intentando mantener una conversación con ellos pese a las resistencias del niño mayor que no dejaba de mirar al suelo avergonzado.

—¿Y si no vuelve la tía? —le preguntó la niña en un susurro a su hermano.

—Vendrá papá —le garantizó el niño.

—Mamá siempre decía que papá no estaba nunca —le susurró la niña inocente.

Megan los escuchaba atenta mientras se bebía su taza de té. Carolyn les acercó unos cuadernos para pintar y unas pinturas.

—¿Queréis pintar un rato?

La niña miró a su hermano buscando aprobación.

El niño bajó la cabeza —Yo no tengo dinero ahora para comprarlo.

Carolyn se agachó hasta quedar a su altura —No hace falta dinero para utilizarlo —se lo dejó en la mesa.

—Hace falta dinero para todo —le respondió el niño.

—Aquí no —le dijo con una sonrisa mientras volvía a atender a los clientes que habían entrado por la puerta.

—¿Quieres pintar conmigo? —le preguntó la niña a Megan.

—Claro que sí —le respondió Megan con una sonrisa ahogando tantos recuerdos dolorosos de cuando ella tenía esa misma edad. Nadie había pintado nunca con ella.



—¿Keith Logan? —preguntó una voz femenina a sus espaldas.

Keith se giró desde el caballo blanco que montaba y entrecerró los ojos para mirar a la joven rubia de traje elegante que le había llamado. Se bajó, ató el caballo y fue hacia ella.

—¿Pregunta por mí?

—¿No me recuerdas? Soy Penélope, la hermana de Bianca —lo miró de arriba a abajo con una mezcla de lujuria y desprecio.

Keith sintió un sudor frío que le recorría todo su cuerpo y sus sentidos se pusieron alerta. Hacía casi cinco años que Bianca había desaparecido llevándose a sus hijos y no había vuelto a saber de ella, aunque la había buscado. Nadie en la familia de Bianca le había querido dar

respuestas y había tenido que rendirse.

—¿Qué haces aquí? —le dijo serio y poco amigable.

—¿Qué eres ahora, un mozo de cuadra? —le señaló lo que le rodeaba.

—¿A ti qué te importa? —le preguntó serio— ¿Qué haces aquí?

La mujer rubia sonrió. Tenía una cara perfecta, bonita, y unos ojos fríos como el hielo y como la sangre de su corazón. Le puso una mano sobre el pecho.

—Siempre comprendí las razones de mi hermana para acostarse contigo, pero no era necesario casarse para ello —le dijo buscándole la boca.

Keith se echó hacia atrás con una mezcla de sorpresa y asco.

—¿Para eso has venido? —recordó que les había comunicado su ubicación a sus antiguos suegros por si Bianca accedía alguna vez a hablar con él sobre sus hijos.

—Claro que no —hizo una mueca—. Con la integridad que tienes no creo que aceptes acostarte conmigo, ni aunque me ponga desnuda en bandeja.

—Me conoces bien —asintió él a la defensiva— ¿Qué haces aquí entonces?

—Bianca ha vuelto a casarse —le informó—. Llevo buscándote toda la mañana —miró la hora—. Es tarde. Tus hijos están en la pastelería del pueblo. Puedes quedártelos. Aquí están los papeles firmados por mi hermana—. Le tendió un sobre que llevaba en el bolso.

Se giró para marcharse.

Keith hirvió de rabia y la cogió por el brazo —¿Qué quieres decir? —le preguntó indignado ante tan pocas explicaciones.

La mujer intentó soltarse sin conseguirlo, notando que le sujetaban del brazo cada vez con más firmeza.

—Lo que te he dicho —le dijo mirándole de arriba abajo con lujuria acercándose más a él, apoyando una de sus manos sobre su musculoso pecho —Acuéstate conmigo...

Keith la zarandó con fuerza —¿Qué has dicho de mis hijos?

Penélope hizo una mueca—Te están esperando en la pastelería de este pueblo cochambroso —le respondió—. Bianca se ha casado de nuevo con alguien de nuestra posición. Pensó que te gustaría quedarte con ellos. Tienes la transacción legal en ese sobre.

A Keith todo empezó a darle vueltas. ¿La transacción legal? Abrió el sobre y leyó por encima el documento.

—Me los cede legalmente... —miró a la mujer—. No quiero volver a veros nunca por aquí —le amenazó—. Ni a ti ni a nadie de tu familia. Mis hijos nunca han sido y no serán moneda de cambio.

Salió del cobertizo con paso firme. Llamó con su móvil a Nick para avisarle del imprevisto. Sabía que no tendría problemas con él. Entonces empezó a ser consciente de la realidad. Podría volver a ver a sus hijos, conocería a su hija, y vivirían con él para siempre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y salió corriendo a su encuentro.



—Estoy preocupada —le confesó Megan a Carolyn acercándose al mostrador— ¿Crees que vendrán a por ellos? Llevan aquí solos más de dos horas.

Carolyn asintió —Si no viene nadie en media hora avisaré a los servicios sociales. Esto no huele muy bien.

—El niño dice que vienen a quedarse con su padre a vivir, pero la niña ni lo conoce... no sé...

La puerta se abrió de repente y Keith, nervioso, con la respiración entrecortada por haber

llegado corriendo, con una dureza inexpresiva en su mirada ojeó la cafetería buscando niños con la mirada, sin fijarse en nadie más. Apenas había gente. Dos niños estaban solos en una mesa. Los dos levantaron la vista asustados al verlo entrar como un vendaval. Keith sintió un nudo en la garganta. Intentó tranquilizarse y fue hacia ellos secándose en sus vaqueros el sudor que había empezado a notar en sus manos. Los miró de frente.

Los dos niños levantaron la vista hacia aquel hombre tan alto y fuerte. Keith levantó la mano para retirarse el flequillo de la cara y vio como los dos se echaban atrás de repente y cerraban los ojos esperando un golpe.

La furia de Keith creció por momentos .

Megan, que observaba la escena, se acercó intranquila colocándose tras ellos. La niña buscó su mano.

Keith observó la escena en silencio. Miro a Megan a los ojos consciente de que la niña encontraba refugio en ella e interiormente se lo agradeció. Se agachó quedando a la altura de los niños mientras ellos lo miraban extrañados. Keith mantenía la mandíbula apretada de todos los recuerdos que le venían a la mente.

—¿Bob? Charlotte?

Los niños asintieron inseguros.

—¿Papá? —preguntó la niña empezando a dibujar una sonrisa en su bonita cara—. Te dije que vendría —le dijo a su hermano sin soltar la mano de Megan.

El niño se levantó serio poniéndose frente a él, protegiendo a su hermana.

—Tía Penélope nos dijo que venía a hablar con usted, señor —le explicó serio—. Pero que no era seguro que usted nos aceptara en su casa.

Keith enmudeció ante el dolor escondido del niño de siete años que hablaba como un adulto.

—Yo puedo ayudarle en lo que quiera señor, no le causaré ninguna molestia, pero mi hermana necesita un sitio para vivir —le explicó serio.

Keith asintió mirándole fijamente a los ojos —Bob, eres mi hijo —le dijo con seguridad—. Charlotte es mi hija —la niña se asomó detrás del brazo de su hermano—. Te prometo —se llevó la mano al pecho—, que os voy a amar siempre, como siempre he hecho, os voy a cuidar siempre y nunca os faltará de nada. He estado soñando con este día desde que vuestra madre os alejó de mí. Me sentiría muy feliz si aceptarais vivir conmigo, por favor —sintió que se le quebraba la voz.

El niño evaluó la respuesta y asintió.

Keith no pudo contenerse más y los abrazo con fuerza mientras alguna lágrima resbalaba por su mejilla. Megan lloraba en silencio mientras Carolyn emocionada, sonreía tras el mostrador con una mano sobre el pecho.

Keith no podía separarse de ellos. Entonces miró a Megan con detenimiento.

—Son mis hijos —le presentó orgulloso.

Megan asintió incapaz de hablar. Ese abrazo era el abrazo que ella de niña siempre había esperado. Esa confianza, esa aceptación que nunca había encontrado en su infancia y que sabía que a su futuro bebé, cuando lo tuviera, nunca le faltaría. Se llevó la mano a su vientre incapaz de contener las lágrimas.

—Papá ¿tenemos una casa? —le preguntó la niña con dulzura.

—Sí, cariño. Una casa muy grande... con jardín —sonrió mirándola.

—¿Y podré tener una habitación para mí sola? —le preguntó.

—Confórmate con lo que te dan —le dijo el niño interrumpiéndola, poniéndose tenso.

Keith sintió la rabia crecer de nuevo —Lo mío es vuestro —les explicó Keith—. Vámonos a

casa. Coged vuestras cosas.

—No tenemos nada —le dijo la niña abrazando a su muñeca.

—Entonces, vámonos —les dijo Keith cogiendo a cada uno de la mano.

La sonrisa de Keith le nacía del alma. Fue al mostrador.

—¿Qué han consumido los niños?

Carolyn negó con la cabeza —Nada— le sonrió emocionada—. Tráelos otro día que seguro que querrán un trozo de tarta.

Ketih asintió y miró orgulloso a sus hijos. Se agachó entre ellos .

—¿Nos llevamos una tarta?

—Pero eso es para celebrar algo —le dijo la niña—, y no es nuestro cumpleaños.

—Bueno... hay que celebrar que estáis conmigo —les dijo sonriendo.

—¿Estás contento por ello? —le preguntó el niño con el labio tembloroso.

Keith dominó sus emociones y asintió —Me habéis hecho el hombre más feliz del mundo.

—¿No te cansaras de nosotros y nos echaras de casa como ha hecho mamá?—le preguntó la niña.

—Nunca —le respondió él mientras Bob rompía a llorar y se abrazaba a su pierna desconsolado.

La niña lo miró extrañada, pero decidió centrarse en la tarta —Yo quiero una de chocolate.

Megan los vio salir de la cafetería con una tarta de tres chocolates y se sentó en una de las sillas que habían quedado libres con un suspiro. Había vuelto a enamorarse de ese hombre si es que alguna vez había dejado de amarlo.



—Me dijo Nick ayer que Keith tuvo una visita sorpresa —comentó Laurel a sus dos amigas mientras empezaban su sesión matinal de footing—¿Habéis oído algo?

—Por lo visto su excuñada le devolvió a sus hijos —les comentó Megan mientras seguía corriendo.

Jane y Laurel se quedaron quietas mirándose entre sí. Megan se detuvo al ver que sus amigas no le seguían y se giró buscando la explicación.

Las dos le miraron con un gesto esperando que ella siguiera hablando. Ella se les acercó.

—Keith estuvo casado —les contó mientras las tres comenzaban a andar a la vez—. Su exmujer aprovechando que estaba de viaje en la marina, se llevó los niños, vendió la casa y le dejó sin nada. A la niña ni la conocía.

Jane soltó un exabrupto típico en ella.

—No me extraña que vaya con tanto cuidado —murmuró Laurel.

—Sí, pero eso no justifica que no te dé a ti una oportunidad, o se la dé él mismo —comentó Jane—. Creo que lo he juzgado muy duramente.

—Como a todos— sonrieron sus dos amigas.

Jane asintió sonriendo, reconociendo su costumbre, sin sentirse culpable.



Megan se sorprendió cuando a mitad de mañana Keith entró por la puerta con los niños, que fueron corriendo a ella.

—Papá nos ha enseñado el colegio nuevo —le contó la pequeña que seguía aferrada a su muñeca de pelo rosa.

—Querían ver a la chica pelirroja de la cafetería —se excusó Keith acercándose con cautela.

Megan asintió apreciando la expresión relajada de Keith y volviendo a mirar a los niños.

—Y os ha gustado?

—Sí —le dijo Bob—. Y luego iremos al trabajo de papá. Nos ha dicho que trabaja con caballos.

—Sí, ¿os gustan los caballos?

Keith sonrió —¿Vas a convencerme ahora de que mi casa necesita un perro? —dio un paso hacia ella atraído como un imán, como cada vez que la veía.

Megan le devolvió la sonrisa —Lo acabas de reconocer... y tienes razón...

La puerta se abrió y entró Mike colgando su teléfono móvil.

—Megan... ah, hola Keith... ¿chicos?

—Son Bob y Charlotte, mis hijos —le presentó Keith—. Mike es el veterinario, y si queremos un perro tenemos que hablar con él.

Mike les sonrió —Exacto... Pero un perro es mucha responsabilidad, tenéis que estar seguros de que lo vais a querer y cuidar para siempre.

Los dos niños le habían rodeado entusiasmados.

—Claro —saltaron emocionados los dos niños.

Mike les sonrió.

—Os podéis acercar una tarde a la consulta y hablamos, ¿Vale? —miró a Megan—. Sé que habíamos quedado ahora, pero me han llamado para una urgencia, ¿lo dejamos para la hora de comer?

—Perfecto —le respondió Megan mientras notaba el cambio de expresión en el rostro de Keith.

Vieron salir a Mike.

—Venga niños, tenemos que irnos —les dijo Keith con las manos en los bolsillos.

—Vamos a comprar muebles para nuestras habitaciones —le explicó Bob emocionado.

—Megan, diles que la habitación pintada de rosa quedará muy bonita, por favor —le pidió Charlotte con un mohín cogiéndola de la mano—. Bob dice que es más bonito el color azul, pero yo la quiero rosa.

Megan se agachó a su lado —Por supuesto que tu habitación quedará bonita de color rosa, y creo que tu papá lo sabe...

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Charlotte saltando de la emoción.

Megan no había que deseara más en ese momento. Miró a Keith que también parecía esperar respuesta sin hacer la pregunta. Keith se encogió de hombros. Megan elevó sus cejas.

Keith bajó la mirada. No le parecía justo si Megan estaba saliendo con Mike como acababa de constatar, que él se metiera por medio. Los había visto varias veces por el pueblo paseando juntos y aún no se acostumbraba a ello.... Pero lo cierto es que no había podido dejar de pensar en ella y quería, sinceramente, que fuera feliz.

—Bueno, no sé... —empezó a justificarse Megan notando que Keith no estaba muy por la labor de acompañarlos.

—Papá nos ha contado que tú le vendiste la casa —le comentó Bob.

—Y las flores del jardín —añadió Charlotte acariciándole uno de sus rizos rojos— ¿Por qué no le dijiste que tenía que comprar muebles?

—Creo que vuestro papá os estaba esperando para comprarlos con vosotros —les contestó

sintiendo una punzada de envidia por la familia de Keith.

Los dos niños miraron a su padre ilusionados. Keith esperaba más ansioso de lo que quería reconocer la respuesta de Megan.

Keith les devolvió la sonrisa —Venga, deberíamos irnos.

—¿Con Megan? —insistió Charlotte cogiéndole de la mano.

—De mí no depende —les respondió Keith inseguro.

Megan se puso de pie mirando a Keith.

—No quiero molestar —se sinceró ella.

Keith sintió un destello de esperanza.

—No sería una molestia... no para nosotros...

«Para mí tampoco», pensó Megan mientras se recordaba que esa era la familia de Keith, no la suya.

Miró a los niños que la observaban impacientes. Charlotte aún seguía de su mano.

—Venga, vamos. Pondré un cartelito en la puerta por si acaso —les sonrió.

—Gracias por venir —le comentó Keith mientras los niños corrían por la sección de hogar del centro comercial donde habían ido después de comprar los muebles de los dormitorios.

—Gracias a ti —le respondió ella sincera, sabiendo que lo que estaba sintiendo en esos momentos era lo que quería sentir en su vida más que otra cosa—. Los niños se han adaptado muy bien, se les ve muy contentos.

—Sí... bueno... hay de todo. Realmente aún somos unos desconocidos.

Megan le sonrió —Pero ellos se sienten seguros y es lo que realmente necesitan.

—Supongo —asintió Keith consciente de la cercanía física de Megan, dudando si ceder a la tentación y sus deseos de darle la mano o no hacerlo.

No le parecía justo para ella. No después de cómo se había comportado él.

—¿Te gustan estas?

—¿Qué? —preguntó distraído volviendo de sus pensamientos.

—Estas sábanas. Les has comprado las camas —le explicó Megan mirando los diferentes modelos que había—. Necesitarás por lo menos dos juegos de sábanas para cada una.

—Ah, sí, no sé —se encogió de hombros— ¿Qué más da una que otra?

Megan lo miró negando con la cabeza —Pregúntale a Charlotte si dan igual... ¡¡ay!!... Y necesitarán ropa...

—Bueno, ayer ya compramos algo en el pueblo...

—¿Algo? Van a empezar el cole... están creciendo...

Keith asentía tomando cada vez más consciencia de que no sabía nada de sus hijos ni de lo que realmente necesitarían. Lo importante es que estaban con él, que los había recuperado y que saldrían delante de una manera u otra, con pijamas o sin ellos... recordó la pataleta de Charlotte el día anterior al descubrir que no tenía ninguno.

Miró a Megan. Tan segura, tan bonita, tan dulce, tan generosa...

—¿Qué tal estás? —susurró ligeramente avergonzado.

—Bien —le respondió distraída rebuscando entre unos cojines con formas de animales.

—Verás, yo... —no sabía qué decirle, cómo justificar su reacción...

Megan lo miró sintiendo que el corazón le daba un vuelco. No estaba preparada para hablar de nada íntimo con él. Algo en su interior se removía con solo pensar que un mes después todavía no había dejado de amarlo, y que él no estaba dispuesto a seguir adelante.

—Déjalo Keith —le interrumpió ella—. El pasado ya pasó.

No quería recordar nada. Bastante le dolía estar allí sabiendo que no formaba parte de ellos.

Keith asintió. Estaba claro que se estaba dando la oportunidad de mantener una relación con Mike... pero no estaba seguro de que él estuviera dispuesto a rendirse sin intentarlo una vez más.

—¿Puedo verte esta noche en casa? —le costaba mucho separarse de ella o aceptar que estuviera con otro...

—No creo que sea buena idea —miró el reloj, fingiendo mucha prisa, para que las lágrimas no hicieran acto de presencia—. Creo que debo irme ya. He quedado con Mike. Voy a despedirme de los niños —le dio los dos cojines con diferentes formas de animales que había escogido—. Pregúntales si les gustan.



—¿Ya has llevado a tus hijos al colegio?—le preguntó Mike mientras examinaba los caballos en el establo del hotel.

—Sí —le respondió Keith tratando de no sentirse incómodo con él sabiendo que se veía con Megan—. Ayer estuvimos comprando lo que necesitaban...

—¡Mierda! —exclamó Mike sacando el teléfono y marcando rápido—. Un momento —le pidió a Keith sin moverse—. Megan, perdona por lo de ayer, tuve una urgencia... síestá bien... hoy sin falta...

—Se me olvidó que ayer había quedado con Megan —le explicó.

Keith se sintió molesto. ¿Cómo era posible olvidarse de algo así? Mike le caía bien, pero Megan no se merecía eso... Claro que seguro que ya le había perdonado con la rapidez con que olvidaba... todo...

—Me he comprado una casa —siguió hablando Mike—. En las afueras. Ya sabes, con un terreno enorme que era lo que quería... Creo que está cerca de la tuya... un camino antes...

Keith asintió. Para la familia y el perro... recordó las razones por las que Megan había considerado esa casa para él.

—Oye, me han traído unos cachorros de pastor alemán, si tus chicos quieren uno... cuando son cachorros es más sencillo acostumbrarlos a las rutinas...

—Sí, bien...

—Hola chicos, ¿todo bien? —les preguntó Laurel acercándose con una bandeja de cafés y bizcochos, como solía hacer cada día.

—Keith, me he enterado de que... han venido tus hijos —no sabía muy bien cómo explicarlo sin que pareciera que hablaban de él, a veces—. Si les gustan los caballos tráelos cuando quieras... pero bueno, no hace falta que te lo diga —le sonrió.

Keith asintió extrañado y agradecido. No parecía que nada hubiera cambiado el hecho de que ya no fuera pareja de Megan o de que tuviera hijos de los que nunca había hablado...



—Yo prefiero este —dijo Charlotte señalando uno de los cachorros de Pastor Alemán que tenía junto a sus rodillas.

—Me parecen todos iguales —les dijo Keith en cuclillas a su lado.

Bob estaba acariciando el que Charlotte había señalado —Sí, este es el mejor.

—Bueno, creo que ya tenemos perro —le dijo a Mike mientras se levantaba del suelo—. Cuánto...

Mike elevó una ceja y levantó la mano...

—Yo no comercio con seres vivos —le dijo tenso—. Y solo te permito adoptarle porque sé que estará bien con vosotros.

Keith asintió y sonrió de manera distendida.

—¿Cuánto me vas a cobrar por esa cama de ahí? —señaló una cama grandota en color oscuro.

Mike asintió.

—Ven, te preparo todo lo que vais a necesitar.

—Bob... ¿te has dado cuenta de la suerte que tenemos? Lo tenemos todo —le preguntó Charlotte a su hermano creyendo que nadie podía escucharlos.

Keith le prestó atención. Le gustaba saber que sus hijos se sentían bien con él cuando apenas habían tenido ningún contacto hasta esos momentos.

Bob asintió —Sí... —intentó coger en brazos al cachorro elegido.

—Tenemos amigos en el cole, una casa enorme con jardín, un perro, un papá... falta una mamá...

—Ya tenemos una mamá...

Charlotte lo miró —Yo creo que no...

Keith pensativo dejó a los niños para seguir a Mike. Realmente su vida había cambiado, y mucho, desde que había llegado al pueblo. Había llegado sin nada y ahora como decía Charlotte lo tenía todo... o casi todo... menos a Megan... no quería necesitarla como estaba empezando a hacerlo. Se había asustado tanto al darse cuenta de que la necesitaba en su vida, que había tratado de demostrarse, negándose a verla, que podía vivir sin ella. Y sí... podía vivir sin ella, pero ¿quería?

Sentía que no.

—Venga, niños, nos vamos a casa... tendréis que pensar un nombre para el perro.

—¿Se lo podemos enseñar a Megan?

—Sí —decidió resuelto y decidido a tener en su vida lo que quería, lo que quería de verdad y no había reconocido hasta entonces.



—¡Mira, Megan! —exclamaron los niños entrando como un vendaval en la inmobiliaria.

Megan estaba de pie barriendo. Se sobresaltó y vio correr detrás de ellos a un cachorro juguetero. Los recibió con una sonrisa y se agachó para acariciar al suave cachorro.

—Eh, que bien, ¡¡que afortunado es!! ¿Cómo lo vais a llamar?

—¡Duke! —exclamaron los dos a la vez—. Lo hemos pensado mientras veníamos hacia aquí.

—Le queda muy bien —les dijo ella consciente de que Keith estaba mirándola desde que habían entrado.

Se levantó y le miró.

—Me alegro mucho —le sonrió.

—Sí... esto... ¿podemos hablar?

Megan levantó las cejas extrañada —Claro, dime...

—No... me refiero a nosotros... de nosotros...

Megan se encogió de hombros —No te preocupes, no hay nada que hablar —le dijo sintiendo que su corazón se encogía y sus rodillas empezaban a temblar.

—Yo creo que sí —la acorraló con suavidad contra la pared impidiéndole que se alejara de él. El corazón de Megan empezó a latir con fuerza mientras la respiración se le entrecortaba al

verlo tan cerca, al sentirlo tan cerca. Olía tan bien.

—Ya tengo la casa con el jardín, los niños y el perro, era lo que tú querías...

Megan abrió la boca sorprendida —¿Cómo?

—Tengo lo que tú querías... podemos compartirlo...

—Ah, pues muchas gracias —le dijo ella cínica—. Es un detalle...

—No quería necesitarte, tenía que demostrarme que no te necesitaba...

—Ya... y ya estás tranquilo porque has descubierto que no me necesitas... —repitió Megan intentando comprender a dónde quería llegar.

—Sí... no... —el tono de voz de ella le estaba empezando a hacer dudar.

—Megan... Ah, ¡hola! —saludó Mike... entrando por la puerta—. No sabía que ibais a venir aquí, hubiéramos venido juntos.

Keith se retiró dejando pasar a Megan. Megan se acercó a Mike mientras Keith la seguía.

—Bueno, nosotros nos vamos —les dijo fingiendo una sonrisa mirando a los niños y al perro mientras se dirigía a la puerta—. Vamos chicos...

Megan subió pensativa a su apartamento donde las tres gatitas salieron a recibirla. Ella les sonrió agradecida y les puso la comida que tanto les gustaba antes de servirse la suya. Se había hecho ilusiones... unas pocas... cuando había visto entrar a Keith en la inmobiliaria, recordó, sentándose a la pequeña mesa que tenía en la cocina. Y más aún cuando la había arrinconado para hablar. Su corazón había empezado a brincar de alegría hasta que había abierto la boca.

Podía comprender su miedo a arriesgarse a formar una nueva familia, pero ella le había demostrado, o eso creía, que no era como su exmujer, que jamás se le ocurriría llevarse a sus hijos... aunque no le había dicho lo del bebé hasta que no fue demasiado tarde...

Le parecía que estaba intentando un nuevo acercamiento con ella, pero no era lo más correcto teniendo niños. Ahora debía ser más responsable al respecto. No podía meter mujeres en su casa con tanta preocupación. Esos niños necesitaban estabilidad, cariño, compromiso.

Lo mismo que ella daría a su hijo, cuando lo tuviera. Suspiró.

Habían llegado hombres nuevos al pueblo, pero no tenía ningún interés en ellos, ni en conocerlos siquiera, pese a que Jane la mantenía informada al respecto.

Negó con la cabeza suspirando... quizá había sido un poco dura con Keith, no le había dado tiempo a explicarse, Mike los había interrumpido y él había aprovechado para huir, otra vez.



Keith tenía un humor de perros a la mañana siguiente. El dolor de la espalda le había vuelto con fuerza. Vio a Mike entrar en el establo.

—No sabía que venías hoy —le dijo malhumorado. Seguro que venía de estar con Megan.

—Solo quería decirte que mi hermano examinó lo que me diste y me confirmó que todo era legal. Tus hijos son tuyos y te cede todos los derechos... y obligaciones —le dijo—. Te lo hubiera podido decir por teléfono, pero pasaba por aquí —le comentó.

Keith asintió relajado. Mike le había sugerido que su hermano, que era abogado, podía echar un vistazo a sus papeles y había confiado en él... No podía, no debía, tratar de quitarle a Megan.

—Gracias —le dijo sincero.

—¿Quieres venir a tomar una cerveza a última hora de la tarde y te enseño mi casa? También vendrá Nick y Peter. Tráete a los niños y a Duke, supongo que les gustará jugar con más perros.

Keith asintió apretando la mandíbula. Lo que menos quería era ver a Megan en otra casa con jardín, con otro perro, con otra familia... pero él se merecía haberla perdido por ser tan cabezota,

por ser tan cobarde, por no querer arriesgarse a sufrir de nuevo. Realmente ahora estaba sufriendo también, y no solo por su espalda. Tendría que acostumbrarse a ello.



Cuando llegó, Nick estaba aparcando y él dejó su furgoneta detrás. Los chicos saltaron corriendo detrás de Duke que había salido disparado para jugar con los dos perros que habían acudido a recibirlos.

Keith sacó los botellines de cerveza que había llevado mientras Nick sacaba un paquete envuelto. Mike salió a recibirlos mientras los perros se le cruzaban por medio.

—Bienvenidos a mi casa —les sonrió satisfecho acercándose con unas cervezas frías.

Los dos jóvenes miraron sonrientes la casa de dos plantas sencilla y funcional.

—Me dijo Megan que debía plantar unas flores allí, otras allá, pero teniendo perros, no pienso hacerlo.

Keith sintió una punzada de celos. Ya las plantará ella, pensó fingiendo indiferencia.

—Llegan las pizzas —dijo viendo llegar el Cadillac rojo.

—No sabía que sabores os gustarían —dijo Peter sacando varias pizzas—. Vaya terreno más grande tienes —miró a su alrededor.

—Sí, era lo que buscaba —dijo Mike—. Vayamos a las escaleras a tomarlas, no tengo apenas muebles... luego os enseño la casa... y la parte trasera, tengo un antiguo cobertizo...

—Tienes mala cara, Peter, ¿pasa algo? —le preguntó Nick a su amigo mientras se sentaban en las escaleras del porche y Mike le daba un botellín de cerveza fría.

—No... un amigo... —les dijo más pesaroso de lo que deseaba transmitir—. Me han avisado al medio día... tuvo hace unos días un accidente de avión... parece que lo van a dar por muerto —resopló...

—Vaya... ¿Es de por aquí? —preguntó Nick.

—No... lo conocí hace mucho tiempo —recordó—. Me fui de mochilero por Europa a estudiar arte y nos conocimos. Era italiano, viví allí cerca de dos años...

—Por eso la pizzería —comentó Mike.

Peter asintió.

—Fue una época memorable —levantó el botellín para brindar—. ¡Quién volviera a los veinte años...!

—¡Yo no! —exclamaron al unísono los otros tres amigos.

—Yo ya estaba en la marina —les comentó Keith.

—Yo estudiando —dijo Mike—. No tenía tiempo ni interés por nada más—se encogió de hombros.

—Yo no me puedo quejar —comentó Nick encogiéndose de hombros—, pero no volvería...

—Y de repente, tienes dos hijos, una vida perfecta, te subes a un avión con tu mujer y todo se acaba —comentó Peter apesadumbrado.

—O tu vida es perfecta, pero arruinan tu reputación, explotas y pierdes todo lo que tanto te ha costado construir y a lo que estás acostumbrado —se encogió de hombros Mike mirando hacia el espacioso terreno que se extendía frente a él.

—O te jubilan de tu trabajo, llegas a casa y descubres que tu mujer se ha convertido en tu exmujer, ha vendido tu casa y se ha llevado a tus hijos —comentó Keith mirando a los niños jugar con los perros.

—O tienes que romper con tu familia y con lo que se esperaba de ti y para lo que te habías

preparado desde que naciste —comentó Nick pensando en lo afortunado que era—. Pero ahora no cambio mi vida por nada.

—No me extraña —contestó Peter—. Has tenido suerte con Laurel... y tú —le dio un empujón amistoso a Keith en el hombro—, si no lo hubieras estropeado, también hubieras tenido suerte con Megan.

Keith casi se atragantó con la cerveza esperando la réplica de Mike que no llegó.

—Mujeres —murmuró Mike— ¿Quién las entiende? Prefiero a mis perros. No se enfadan si llegas tarde, si te olvidas de un aniversario, si no te das cuenta de si se han cortado el pelo...

—Bueno, pero tiene otras compensaciones —sonrió Peter—. Recuerdo una italiana...



—Ya hacía tiempo que no salíamos —comentó Laurel mientras se apoyaban en la barra del bar del pueblo vecino.

Era el único lugar donde tomar una copa y escuchar música de baile en muchos kilómetros a la redonda, así que cuando querían salir por la noche pocos sitios más había para escoger.

—Yo ya tenía ganas —les confesó Jane que había cambiado su típico traje de chaqueta por un escotado y sexy vestido—. Entre tú, que te casarás en breve con Nick y tú, que andas todavía enamorada de Keith, yo me estoy arrugando como una pasa, sola... sola... no sabéis lo que es eso...

—Yo no... —intentó defenderse Megan mientras les servían la bebida.

—Tú sí —le respondieron al unísono las dos amigas.

Megan se echó a reír —Bueno, sí, es verdad... para qué negarlo —dio un trago a su bebida—. Qué cargado está esto...

—Mike no está mal —comentó Laurel dando un trago a su bebida.

—Bah —bufó Jane—. A no ser que seas un animal abandonado ni te ve...

Las dos amigas la miraron sonriendo.

Jane se encogió de hombros —¿Qué? He intentado quedar un par de veces con él y ni se ha dado cuenta... hasta he pensado en inscribirme a las webs de contactos, esas que me dijiste —miró a Megan— pero como tampoco a ti te ha funcionado ¿para qué? ¡¡Quiero un hombre!!

Megan y Laurel sonrieron divertidas.

—¿Por qué es tan difícil? Vayamos a bailar —les sugirió abriéndose paso hasta la pista de baile que estaba iluminada por luces de color azul.



Keith se había levantado de muy buen humor. Estaba decidido a no dejar pasar más el tiempo. Los niños estaban dormidos todavía y no le extrañaba por todo lo que habían corrido la noche anterior en casa de Mike. Llamó por teléfono a Megan.

—¿Megan? Tengo un problema enorme con la casa. Tú me la vendiste, tienes que encontrar la solución.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupada incorporándose de la cama sintiendo que un ejército de soldaditos desfilaba por su cabeza. Tampoco había bebido tanto, pero la falta de costumbre le estaba pasando factura.

—Eh... puedo enviarte a Cameron de la empresa de reformas...

—No.. Necesito que vengas tú cuanto antes —le pidió intentando aparentar firmeza.

—Sí, sí —le dijo ella preocupada—. Pero ¿qué hora es? —miró su reloj. Había dormido más de la cuenta... —¿Me das media hora? —se quitó de encima a una de las gatas que se había acomodado sobre sus piernas.

No sabía qué podía haber pasado. La casa estaba en muy buenas condiciones aparentemente y él ya llevaba un tiempo viviendo allí como para que a esas alturas descubriera algún problema. No había llovido así que goteras no podía haber...

Se tomó una aspirina, se metió en la ducha y se vistió rápidamente. Pasó por la pastelería de Carolyn y cogió unas magdalenas de chocolate que llevar a los niños. No se detuvo ni a tomarse un té, preocupada por la urgencia de Keith.

Cuando llegó, él le estaba esperando en los escalones y se dirigió hacia ella con rapidez nada más verla.

—¿Qué problema tienes? ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó asustada.

—¿Qué ves?

Megan miró hacia delante. Los niños estaban un poco más alejados jugando con el cachorro y una cuerda.

—No te entiendo. Yo no veo nada raro.

—Cuando me la mostraste me dijiste que esta casa era ideal para unos niños y un perro... eso lo tengo.

Megan levantó las cejas sin comprender. Debía sentirse todavía un poco espesa por las bebidas de la noche anterior. Sin embargo, su corazón comenzó a retorcerse con angustia.

—Ya lo veo —No estaba muy segura de lo que veía ni hacia donde iba la conversación.

—No hablaste de si los perros se llevan bien con los gatos.

—¿Qué? ¿Eso que tiene que ver? —le preguntó confundida frunciendo el ceño.

—No hablaste de la mujer con la que compartir la casa y ... la vida...

Megan sintió activarse todas las alarmas... otra vez... Se le fue de golpe todo el embotamiento que sentía en su cabeza y casi tenía miedo de lo que pudiera decirle... otra vez.

—Mira Keith, no sé si es buen momento... ya hemos hablado de esto... habíamos dejado las cosas claras...

—Creía que no tenía nada para ofrecerte. Me aceptaste cuando solo tenía mal genio y dolor de espalda. Ahora tengo todo lo que tú quieres.

—Si crees que puedes ofrecerme tu casa, tus hijos... —se empezaba a sentir molesta...

—No... — le dijo inseguro cogiéndola de la mano.

—Me has dicho que tenías un problema —se dejó llevar por él arrastrando los pies, reticente.

—Tengo esto —la llevó frente al columpio balancín que había instalado en el porche.

Megan sintió que se le cortaba la respiración. Allí era donde ella siempre se lo había imaginado.

—¿No sabes dónde ponerlo? —sintió un nudo en la garganta

—No —negó con la cabeza—. Sé dónde ponerlo, creo que, aquí, al lado de la puerta queda bien.

—Entonces ¿dónde está el problema? —preguntó con la voz entrecortada.

—No tengo con quien compartirlo —se le acercó sin soltarle de la mano.

—Yo creo que sí —señaló a los niños que jugaban detrás de ellos.

Keith cogió aire. Estaba claro que se lo iba a hacer difícil y suponía que se lo merecía por haber desconfiado de ella.

—Quiero compartirlo contigo, pelirroja —le dijo directamente—. Si lo hubiera pensado más te

habría comprado un anillo, me habría puesto de rodillas, te habría cogido de la mano —se la cogió—, y todo eso, pero cuando vi el balancín supe que era para ti, para nosotros.

Megan sintió que las rodillas le temblaban, que su respiración se paraba, que su corazón se aceleraba, todo a la vez.

—Pero puedes ponerte de rodillas —murmuró tratando de serenar la alegría que sentía en su interior.

El sonrió inseguro.

—Cásate conmigo. Mi vida no está completa si faltas tú. Me aceptaste cuando no podía darte nada. Ahora puedo darte todo, si me dejas. No puedo imaginarme mi mundo sin ti, o puedo, pero no me gusta, y no quiero. Te quiero a mi lado, te quiero conmigo, quiero que juntos construyamos un hogar. Con tus gatos, con mi perro. Con mis hijos, con el tuyo si tú quieres tenerlo sola... yo te quiero... te necesito... Sé que tú no me necesitas, pero por favor —se arrodilló—, dime que me quieres.

Megan asintió con la cabeza incapaz de hablar y Keith se levantó con rapidez abrazándola con fuerza por si cambiaba de opinión.

—Perdóname... —susurró junto a su cuello sintiéndola una con él.

—Bésame...

Se unieron en un beso abrasador, consciente, completo, dando y recibiendo todo el uno del otro. Un beso en el que se prometían y comprometían a crear y compartir una familia, un mañana, un futuro... un hogar... para siempre.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Jane, Mike o Peter?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía búscala en las bibliotecas digitales o permanece atenta a su publicación.

Sobre la autora

Annabeth Berkley

Nacida en 1975, la mayor de tres hermanas, desde siempre manifestó interés por la lectura y la escritura.

Está convencida de que al Amor de pareja real y auténtico se llega cuando nos amamos y aceptamos a nosotros mismos, por eso sus novelas tienen ese componente de superación personal, de autoestima y de aceptación de nuestras luces y sombras.

También escribe libros de desarrollo personal con su nombre.